

**TODO EL QUE QUIERA,
PUEDE VENIR**

Herman Hoeksema

**TU REINO
Edición Especial**

© W.B. Eerdmans Publishing Company (Homer C. Hoeksema) 1945. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin permiso de los editores, excepto breves citas en relación con algún artículo o reseña.

Información:

**Reformed Free Publishing Association
Box 2006, Grand Rapids, Michigan, 49501, USA.**

Título original: "WHOSOEVER WILL"

Traducción: Emilio Monjo.

Segunda edición en español: 1998.

Iglesia Presbiteriana Reformada

Huesca, 13. 41006 SEVILLA

Edición electrónica con permiso de Emilio Monjo, 2002.

Edición Castellana

Sólo por algunas referencias al contexto de la segunda guerra mundial notamos que este libro se editó por primera vez en el año 1945. el contenido sigue de plena actualidad. Sus advertencias cobran mayor fuerza por el tiempo transcurrido. El falso evangelio que ya entonces se extendía por doquier, ahora se ha multiplicado.

Agradecemos el permiso para esta edición, que ponemos en manos del pueblo evangélico con la esperanza de que sirva como un instrumento de reflexión respecto a la clase de evangelio que hoy se está predicando. Al tiempo que pedimos a nuestro soberano Señor que despierte a su Iglesia para que esté vigilante sobre tantas herejías destructoras que se han introducido encubiertamente.

Yo estoy contra los que profetizan sueños mentirosos, y los cuentan, y hacen errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas, y yo no los envié ni les mandé; y ningún provecho hicieron a este pueblo, dice Yahvéh.

Jer. 23:32

Sevilla, junio de 1989.

EDICIÓN DE 1998

La probada utilidad para la explicación y defensa de la fe que aporta esta obra, nos impone su publicación–aunque sea en el formato de la revista–.

El buen camino y la acción correcta de la Iglesia depended en medida principalísima de su adecuada comprensión de quién es el Señor de la salvación. Los capítulos de este libro constituyen un campo idóneo para afirmar nuestra convicciones sobre la obra de Cristo, o para iniciar –arrepentidos– su confesión.

Los reiterados pormenores introductorios de cada capítulo reflejan que estos sermones fueron escritos para ser emitidos por radio –no para ser editados. Su presencia en el texto, sin embargo, presta un buen servicio cuando se leen los sermones aislados.

TODOS EL QUE QUIERA PUEDE VENIR

TU REINO Edición Especial

PREFACIO vi

- 1 **TODOS EL QUE QUIERA, PUEDE VENIR 1****
- 2 **AL DIOS DE NUESTRA SALVACIÓN 6****
- 3 **A DESCANSAR 11****
- 4 **AL AGUA VIVA 16****
- 5 **AL PAN DE VIDA 21****
- 6 **AL LIBERTADOR 26****
- 7 **A LA LUZ 31****
- 8 **A LA RESURRECCIÓN 36****
- 9 **EL ACTO DE VENIR 41****
- 10 **SI EL PADRE NO LE TRAJERE 46****
- 12 **SOBERANÍA DE DIOS Y REONSABILIDAD HUMANA 51****
- 11 **EL VENIR Y LA PREDICACIÓN 56****
- 13 **CADA VEZ MÁS CERCA 61****

TODO EL QUE QUIERA

Prefacio

Como el título de este libro puede sugerir a los que conocen el tema, sus páginas procuran establecer la conexión inseparable que existe entre la certeza de que “todo el que quiera, puede venir” y la verdad de la soberana gracia de Dios: lo primero se sustenta y tiene sus raíces en lo segundo.

La oración del autor es que plazca al dios de nuestra salvación usar este libro como un medio para confortar al que viene a Jesús, fortalecer al débil, instruir al simple y establecer a los que son sacudidos de un lado a otro por tantos vientos de doctrina.

H. Hoeksema

1

TODO EL QUE QUIERA, PUEDE VENIR

Todos conocemos muchos himnos de invitación. El coro de uno de ellos dice así: (versión libre)

“Todo el que quiera, puede venir.
Todo el que quiera;
Proclamadlo al salir:
El Padre amoroso invita a su casa.
Todo el que quiera, puede venir;
Todo el que quiera”

Podrán adivinar que he elegido el tema general de los siguientes capítulos con este himno en mente. Tengo razones muy concretas y un propósito específico para tratar sobre este asunto.

En primer lugar, ha sido mi experiencia en más de una ocasión que, al predicar la pura verdad de la gracia soberana, la buena noticia de que la salvación es del Señor y en ningún sentido del hombre, hay algunos que, al igual que los muchachos sentados en la plaza de los que habla nuestro Señor, me tocan este himno, pretendiendo que les baile una danza arminiana al son de sus flautas, convencidos de que sus palabras contradicen y echan por tierra la doctrina de que Dios salva soberanamente a quien él quiere, y que la voluntad del hombre no coopera en absoluto en su salvación. Ahora bien, es evidente que yo aborrezco la música

arminiana en su totalidad: esa que exalta orgullosa el libre albedrío del pecador; y me es imposible bailar a su son. Por otro lado, es mi deseo sincero prevenir a los creyentes sobre el peligro que supone el error de atribuir la salvación a la decisión de la voluntad del pecador, y, al mismo tiempo, instruirles en la salvación por la gracia soberana de Dios; en tal sentido, creo que puede ser muy educativo y beneficioso tomar el tema de ese himno y exponerlo a la luz de la Escritura.

Hay que advertir que esto no tendría mayor sentido si el tema no fuese bíblico. Mal nos iría si tomásemos las palabras de un himno escrito por los hombres, como base de una discusión y presentación positivas del evangelio. Muchos himnos han servido, y sirven todavía, como un medio para instalar e inculcar falsas doctrinas en el corazón y la mente de los que los cantan. Pero respecto al que nos referimos, puede decirse que sus palabras son tomadas casi literalmente de la Escritura y, por lo tanto, ningún cristiano podrá objetarle nada, siempre que sea bien entendido e interpretado en conexión con el resto de la doctrina de la salvación por gracia. Sus palabras estarán tomadas, en parte, de Apocalipsis 22:17, donde leemos: “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que

TODO EL QUE QUIERA

tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”. De todas maneras, la misma verdad se expresa de forma repetida y variada en la Escritura. En Isaías 55:13, se declara: “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y a los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídmme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura. Inclinaid vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David”. A los que se quejen de que sus pecados los condenarán y, por tanto, no hay esperanza para ellos, el Señor les declara: “Vivo yo, dice Yahvéh el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, vuelveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?” (Ez. 33:11). El Señor nos asegura: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mt. 7:7,8). Su llamamiento es sin distinción: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28); “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16). Y en el gran día de la fiesta de los tabernáculos en Jerusalén, clamó: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”.

Ciertamente, pues, el tema de ese himno es bíblico. Todo el que esté sediento, puede beber; el hambriento, comer; el necesitado puede pedir, y recibirá; todo el que desee salvación puede buscarla, y la encontrará; el que esté tra-

bajado y cargado, puede venir a Jesús para encontrar descanso. Sí, “todo el que quiera, puede venir”.

Sin embargo, tengo que rechazar enérgicamente que este himno se cante con el propósito, oculto o manifiesto, de contradecir y echar por tierra la doctrina de la salvación por la sola gracia soberana. Ni las palabras del himno, ni, menos aún, el texto de Apocalipsis 22:17, ni ninguno de los otros pasajes citados, pueden ser usados con ese propósito. Pues eso significaría la posibilidad de apelar a una parte de la Escritura para refutar otra, lo cual no puede admitirse en modo alguno. Porque la Biblia es la revelación del Dios vivo a través de Jesucristo nuestro Señor puesta por escrito. Y como Dios es uno, y Cristo es uno, así también la Escritura es una y no puede contradecirse a sí misma. Y si alguien canta o predica sobre el tema “todo el que quiera, puede venir”, usando esas palabras para negar la verdad de la soberana gracia de Dios, entonces está distorsionando su verdadero significado.

Conviene recordar brevemente lo que implica la verdad de la salvación por la libre y soberana gracia de Dios. Esto significa, en general, que Dios es también el soberano en la materia de la salvación. La salvación es desde el principio al fin una obra poderosa y prodigiosa de Dios, no menos prodigiosa, y, por tanto, no menos divina, que la obra de la creación. Es esa portentosa obra del Todopoderoso por la cual saca la luz de las tinieblas, la justicia de la injusticia, la gloria eterna de la más profunda miseria y vergüenza, la inmortalidad de la muerte; en fin, ¡el cielo del infierno! Es la maravilla de la gracia por la que Dios levanta a un mundo condenado, desde la profundidad de su miseria a la gloria de su alianza y reino celestial. Tal obra es absolutamente

TODO EL QUE QUIERA

divina. El hombre no tiene parte alguna en ella, y no puede, de ninguna manera, cooperar con Dios en su propia salvación. En ningún sentido de la palabra, ni en ningún momento de la obra, depende la salvación de la acción o voluntad del hombre. De hecho, el pecador por sí mismo no tiene capacidad, ni quiere recibir esa salvación. Al contrario, todo lo que puede y quiere hacer es oponerse, resistirse a su propia salvación con toda la determinación de su pecaminoso corazón. Pero Dios ordenó y preparó esta salvación con absoluta soberana libertad para los suyos, sólo sus elegidos, y a ellos la otorgó. No porque la buscaran y desearan, sino a pesar de que nunca la quisieron. Él es más fuerte que el hombre y vence al más duro de los corazones y a la voluntad más rebelde. Dios reconcilia consigo al pecador, lo justifica y le da la fe en Cristo; lo libra del poder y del dominio del pecado y lo santifica, preservándolo hasta el fin. Todo esto pertenece a la maravillosa salvación, la cual se lleva a cabo por medio de la gracia soberana solamente.

No quede ninguna duda sobre el hecho de que la misma Biblia que enfatiza repetidamente y de muchas formas que “todo el que quiera, puede venir”, también enseña enfáticamente que la salvación del pecador nunca, y en ningún sentido, depende de la voluntad de éste para venir, sino exclusivamente de la soberana voluntad de Dios que es el Señor. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó” (Ro. 8:29-30). Obsérvese bien que esos

versículos presentan la salvación de los que antes conoció y ordenó, como un hecho ya cumplido: son justificados, llamados y glorificados. En su consejo, Dios conoce a los suyos como pecadores salvados y glorificados. De esta manera, pues, somos bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, “según nos escogió en él antes de la fundación del mundo” (Ef. 1:34). “(Pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí” (Ro. 9:11-13). “Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Ro. 9:16). Sí, “de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece” (Ro. 9:18). Sí, con plena seguridad, “todo el que quiera, puede venir”; pero también es verdad que “ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero”. Y otra vez se declara: “Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre” (Jn. 6:44-65). ¿Acaso no hemos leído nunca que “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”? ¿Y cómo buscará alguien lo que ni tan siquiera puede ver?

Que nadie se confunda, predicar o cantar que “todo el que quiera, puede venir” es algo correcto, y no tenemos nada que objetar. Cualquiera puede ir a Cristo y será recibido con toda seguridad. Nadie podrá jamás aparecer en el día de la revelación del justo juicio de Dios, diciendo que él anheló, deseó, quiso y procuró ardentemente venir a Cristo, pero fue rechazado. Eso no puede ocurrir. Ahora bien, si alguien canta o predica

TODO EL QUE QUIERA

solamente esto, estará faltando en la presentación de la verdad completa del evangelio como es en Cristo Jesús y está revelada en la Escritura. Estaría hablando sólo una verdad a medias, lo que, por su naturaleza, es mucho más peligroso que una falsedad directa y específica. La parte mayor de esa verdad, la más básica e importante, la estaría olvidando u omitiendo intencionadamente. Uno puede proclamar con toda libertad que “todo el que quiera, puede venir”, pero será infiel a su ministerio si no añade que “ninguno puede venir, si el Padre no lo trae”, y “que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia”.

Este énfasis tan parcial sobre lo que el hombre puede y debe hacer para ser salvo, sin mencionar la verdad de que no puede hacer nada, a menos que Dios obre las maravillas de su gracia sobre él, es precisamente una característica de la mayoría de los himnarios, en significativo contraste con la belleza y la fuerza de los Salmos. De igual manera, también la predicación moderna está rendida a esa parcialidad a la hora de presentar la salvación. No es extraño, pues, que estemos sufriendo esa caricatura de predicación, la cual consiste fundamentalmente en mendigarle al pecador para que venga a Jesús antes de que sea demasiado tarde; dejándole la falsa impresión de que está en su poder el venir hoy o mañana, o cuando más le convenga. Y presentando al mismo tiempo a un deseoso, pero impotente Jesús, que estaría siempre gustoso de salvar al pecador, pero que es incapaz de hacerlo a menos que el pecador dé su consentimiento. El “todo el que quiera, puede venir”, se presenta como queriendo decir: “Todos los hombres pueden querer venir cuando lo deseen”. Y en lugar de la verdad del evangelio: que ninguno puede venir a Cristo si el Padre no

lo trae, ahora oímos: “¡Cristo no puede venir al pecador, a menos que éste se lo permita!” La cantinela de tal proclamación es: “Dios está dispuesto, Dios quiere y está anhelante, Dios está ansioso y abogando para que se le conceda el privilegio de lavar los pecados de cada alma con la preciosa sangre de su Hijo y heredero. Pero sus manos están atadas, su poder está limitado y su gracia frenada por el hombre. Si quieres ser salvo, Dios querrá salvarte. Si no quieres, entonces no hay nada que Dios pueda hacer para rescatarte del infierno”. En eso se convierte la predicación del evangelio cuando la verdad de la gracia soberana de Dios es olvidada o negada. Si alguien quiere llamar evangelio a eso, allá él; ¡para mí no es más que blasfemia en nombre del Dios vivo! Un Dios ansioso e implorante, cuyo poder está limitado y cuyas manos pueden ser atadas por el soberbio y rebelde pecador, que es menos que el polvo de la balanza, ¡ese no es Dios, sino un ídolo miserable!

Por lo tanto, repito, que se proclame a los cuatro vientos que “todo el que quiera, puede venir”, pero que no se haga como si eso fuese todo el evangelio, sino, como es en verdad, sólo una parte del mismo; y que no se falle en enfatizar la otra parte: que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Dios es Dios; y es el Señor también en el asunto de la salvación del pecador. En los próximos capítulos procuraremos establecer la relación que existe entre la voluntad soberana y la gracia de Dios con la voluntad de venir por parte del pecador. Esto envuelve varias cuestiones que tienen que responderse: cualquiera puede venir, sí, pero ¿a quién o a qué? ¿Con qué propósito, a buscar o recibir qué cosa vienen? ¿Qué significa

TODO EL QUE QUIERA

venir? ¿Cómo es posible venir para el pecador? Etcétera.

Es necesario, sin embargo, indicar ahora de forma general, cuál es esa relación entre la voluntad soberana de Dios para salvar y la voluntad del hombre para venir. Es evidente en toda la Escritura, y se deduce claramente de la simple, pero fundamental, verdad de que Dios es el Señor, que esa relación no puede ser tal que la voluntad de Dios quede dependiente de la del hombre, y que si ésta no consiente, la de Dios es impotente para salvar. Tampoco puede plantearse esa relación como si fuese una simple cooperación, en la que el hombre sería una parte y su voluntad se juntase con la de Dios para obrar la salvación. ¡No! Dios es Dios. El hombre nunca es una parte en relación con él. Hablar de cooperación entre el hombre y Dios, es igual que hablar de cooperación entre el alfarero y el barro en la formación de una vasija. La relación verdadera es esa en la que la voluntad de Dios, de gracia y por misericordia, es siempre primero y opera poderosa, eficaz e irresistiblemente sobre la voluntad del pecador, de tal manera que éste desea, anhela y determina venir. La voluntad para venir por parte del pecador es el fruto de la gracia salvadora de Dios que obra poderosamente en él. ¡Nadie puede venir a Cristo, si el Padre no lo trae!

Por eso podemos decir que el que quiera venir esté seguro de que puede hacerlo, y será recibido; Cristo no lo echará fuera. El hecho de querer venir es precisamente una manifestación segura del propósito eterno de Dios para salvación con respecto a él, y un testimonio del poder de la gracia. ¿Quieres venir a Cristo? ¿Es tu deseo venir a él como la fuente de agua viva, para que puedas

beber? ¿Anhelas venir a él como el pan de vida, para que puedas comerlo? ¡No dudes, pues! No te quedes lejos, mirando mil razones en ti mismo por las que no serías recibido. Porque “todo el que quiere” puede venir ciertamente y tomar del agua de la vida libremente, porque “el que quiere” ¡está ya dirigido por el Padre! Oye la voz del que es la Verdad: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y el que a mí viene, no le echo fuera”.

2

AL DIOS DE NUESTRA SALVACIÓN

Inclinad vuestro oído, y venid a mí. (Is. 55:3)

Seguimos tratando el tema: “Todo el que quiera, puede venir”. Sin embargo, antes de continuar, sería conveniente que considerásemos esas palabras más literalmente. Ya hemos dicho que están de acuerdo con las Escrituras, siempre que se entiendan en conformidad con ellas y se les dé el sentido bíblico preciso. Teniendo en cuenta, además, que no son una expresión literal completa, aunque se refieran posiblemente a Apocalipsis 22:17. Esto es algo común a muchos himnos de invitación: que usan declaraciones que sólo se encuentran parcialmente en la Escritura, o son presentadas fuera de su contexto, lo cual puede inducir a graves errores.

¿Qué se entiende por “todo el que quiera, puede venir”?

La implicación natural de esas palabras es, evidentemente, que todo el que quiera está autorizado y tiene el derecho a venir, no teniendo por qué temer a que sea rechazado. Con este significado estamos plenamente de acuerdo. Sin duda, nadie buscará sin encontrar, ni pedirá sin recibir, ni llamará en vano. Nadie que venga a Jesús encontrará el camino cerrado. No obstante, hay que preguntarse algo más: ¿por qué es esto así?, ¿cómo se puede explicar que todo el que

quiera tiene el derecho a venir, y que puede estar seguro de que no será echado fuera?

La respuesta que dan muchos, y que refleja el significado atribuido generalmente a los himnos de invitación, es algo así como “que todos los hombres, sin excepción, tienen el derecho a venir, si lo usan y persisten en ello. Cristo murió por todos los hombres, en lo que se refiere a la intención de Dios, y, por lo tanto, obtuvo el derecho de venir a él para todos y cada uno. Además, todos tienen el poder para querer ir a Cristo, sólo necesitan usarlo correctamente. En su mano está el rechazar o aceptar a Cristo. Precisamente esto es lo que se les debe proclamar. Hay que decirles a todos que tienen el derecho y el poder de venir a Cristo, persuadiéndoles para que hagan la decisión correcta. Cristo ya hizo todo lo que estaba en su poder; ahora se encuentra a la puerta del corazón del hombre llamando; y ruega y pordiose a al pecador para que le deje entrar. La llave está dentro: Cristo no puede entrar, a menos que el pecador se lo conceda. La salvación es para todos, pero es el hombre quien tiene que tomarla”.

Espero demostrar claramente que esa interpretación constituye un error

TODO EL QUE QUIERA

pernicioso. Pernicioso y muy grave, porque con un tal Cristo que haya merecido la salvación para todos los hombres, sin excepción, pero que no pueda salvar realmente a ninguno, a menos que el pecador se lo permita, la salvación es, sencillamente, imposible. En contra de esa falsa doctrina, mantenemos que la gracia de Dios, cambiando el corazón del pecador, precede siempre al querer venir a Cristo. Ese querer es el fruto de dicha gracia. La voluntad perversa del pecador sólo puede querer venir a Cristo cuando la gracia eficaz e irresistible de Dios la cambia y la vuelve de raíz. Nadie dispone de esa voluntad en sí mismo. Es necesario pues, investigar lo que implica ese querer, y para ello, antes que nada, hay que saber a quién tiene que ir el pecador.

Alguno puede pensar que eso es muy simple: debemos ir a Jesús. Lo cual es correcto. Pero de ninguna manera será superfluo que se pregunte: ¿Y quién es este Jesús a quien se debe venir? Si tenemos en cuenta la impresión que dejan muchos predicadores en nuestros días, Jesús tendría que ser la persona más popular del mundo. Qué otra cosa sería el que ofrece salvación de la muerte y las torturas del infierno, y llevarte a un cielo hermoso después de esta vida. Venir a él es lo más rentable: nadie paga un salario más alto. Además, no te obliga a nada: deja a tu solo criterio el que lo aceptes o no. En tu poder está el hacer una cosa u otra. Por si eso fuese poco, tienes la posibilidad de hacer tu decisión cuando te convenga, sólo te es necesario hacerla antes de morir. Realmente, ¿qué podría ser más atractivo para el hombre, que un Jesús así?, ¿qué adularía más al orgullo del pecador, que un Cristo que se encuentre a su merced para ser tomado o dejado? Sin duda, el pecador sentiría que le está haciendo un gran favor a Cristo por acep-

tarlo, y que es un hombre singularmente bueno al dejar que entre en su corazón; mucho más si se considera que otros hombres lo han rechazado. Por otro lado, pensaría que ha hecho el negocio de su vida, pues ha cambiado los servicios que obtenía del diablo por los del maravilloso nuevo contratado. Si fuese sólo un poco congruente, diría en su oración: “¡Oh! Dios, qué buena cosa es que yo no sea como los demás hombres, sino bueno en extremo, a tal punto de hacer posible que tú, por Cristo, me salves”.

A simple vista, está claro que hay algo fundamentalmente falso en esta presentación de Jesús. Porque, en lo que se refiere a los hombres en su estado natural, no habrá para ellos alguien más impopular que el Cristo de la Biblia. Desde que Caín mató a Abel, hasta nuestros días, todo el mundo, como “mundo”, siempre le ha aborrecido. Por eso mataron en la antigua dispensación a sus profetas y apedrearon a los que les fueron enviados de Dios para anunciarles a Cristo. Y cuando él mismo habitó entre nosotros, en los días de su carne, en sólo tres años de ministerio público levantó las iras y el rechazo contra su persona y obra, hasta el punto de echarlo como el más vil criminal y clavarlo en la cruz. Él mismo nos declara que el mundo le aborrece y aborrecerá también a los suyos, y que su iglesia será siempre una manada pequeña. Ante esto, es evidente que algo falla radicalmente en la presentación de un Jesús que le sea atractivo al hombre natural, y a quien cada uno tenga el poder de aceptar.

Entonces ¿qué? ¿A quién debemos ir?

La respuesta clave a esta pregunta es: ¡Tenemos que ir a DIOS!

TODO EL QUE QUIERA

Esta es la enseñanza de la Palabra de Dios. “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más. Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua. Y se dirá de mí: Ciertamente en Yahvéh está la justicia y la fuerza; a él vendrán, y todos los que contra él se enardecen serán avergonzados” (Is. 45:22-24). “Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma;

haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David” (Is. 55:3). “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Yahvéh, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Is. 55:7). “Vuelve, oh Israel a Yahvéh tu Dios; porque por tu pecado has caído llevad con vosotros palabras de súplica, y volved a Yahvéh, y decidle: Quita toda iniquidad, y acepta el bien, y te ofreceremos ofrenda de nuestros labios” (Os 14:1,2). “Por eso pues, ahora, dice Yahvéh, convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento” (Jl. 2:12). “Pero así dice Yahvéh a la casa de Israel: Buscadme, y viviréis. Buscad a Yahvéh, y vivid” (Am. 5:4,6). El Señor Jesús nos enseña que él es el camino hacia la casa del Padre, y que ninguno va al Padre, sino por él (Jn. 14:6); y es plenamente capaz de salvar al que se acerca a Dios por medio de él (He. 7:25).

Sí, tenemos que ir a Dios. “Todo el que quiera, puede venir”, significa que “todo el que quiera ir a DIOS, puede hacerlo”. Y tenemos que ir, no como un medio para obtener un fin, sino que el ir a él ES salvación; vamos al Dios que es DIOS, es decir, no un dios cualquiera de nuestra imaginación (que siempre sería

un ídolo) sino al Dios vivo y verdadero como se nos revela en su Palabra. Tenemos que ir al Dios que mora en luz inaccesible; que es luz, y no hay tinieblas en él; que es bueno, es decir, que es la plenitud de toda infinita perfección, justicia, gracia y verdad, y en cuya presencia hay plenitud de gozo y alegría para siempre. Al que es demasiado puro de ojos para mirar la iniquidad, que ama la justicia y aborrece al impío cada momento; al que es fuego consumidor. Al grande, al glorioso, al terrible DIOS. Tenemos que entrar en su bendita compañía, en los secretos de su amistad, en su más íntima comunión, para que moremos en su casa como amigos del Amigo, gustemos que él es bueno, le conozcamos como fuimos conocidos; verle cara a cara; caminar y hablar con él; amarle como fuimos amados; tener nuestro deleite en su voluntad y glorificar su nombre para siempre. Ciertamente que ser salvo es ser librado del infierno, pero que se entienda bien que la tortura del infierno es sentir la ira de Dios y estar dejados y separados de él para toda la eternidad. Ser salvo es, ciertamente, ir al cielo; y el cielo es un lugar hermoso, una casa gloriosa con muchas moradas, una nueva creación y una nueva Jerusalén, con calles de oro y puertas de perlas; pero nada de esto tiene valor si no entendemos que el corazón y la esencia de todo ello es que Dios, el Padre, está allí, y que caminaremos por siempre bajo la luz de su gloria que llena la ciudad. Porque la vida eterna es conocerle (Jn. 17:3). “La vida sin Dios es muerte; buscar su rostro es el bien”.

La situación de separación que supone el tener que “ir” a Dios, no era así en el principio. El hombre fue creado originalmente de tal manera que el verdadero conocimiento y la perfecta comunión con el Dios vivo eran su propia

TODO EL QUE QUIERA

vida, y carecer de esa bendita comunión era no tener nada: sólo infierno y muerte. Su ser fue constituido de tal forma que su naturaleza estaba adaptada para llevar la imagen de Dios; para ser, en un sentido y medida de criatura, igual que Dios. Y no sólo eso, sino que fue investido con la imagen de Dios. Fue creado, pues, según la imagen de Dios: en verdadero conocimiento de él, en perfecta justicia, y santidad inmaculada. Por eso era capaz de conocer a Dios, tener comunión, amarle y ser amado, y servirle en libertad con todo su corazón, con toda su mente y con todas sus fuerzas. En eso consistía la vida y la gloria del hombre.

Pero el hombre no consideró que esto fuese su gloria, y se apartó del Dios vivo. Desacreditó su Palabra y siguió la del diablo. Violó el pacto de Dios y quebrantó su mandamiento. Se propuso buscar su vida y gloria fuera del Dios vivo. Por ello se hizo culpable, objeto de la justa ira de Dios, condenado y sujeto a la muerte. La sentencia de muerte se cumplió sobre él: se convirtió en tinieblas, corrupto de mente y corazón, esclavo del pecado y del diablo, y enemigo de Dios. Esa es su miseria. Por eso ahora tiene que volver a Dios, al Dios vivo, y el venir a él es su salvación.

Ahora bien, ¿cómo iremos a Dios? No es posible. Porque somos culpables a causa de nuestro pecado, y sólo podemos incrementar nuestra culpa con las obras diarias, y hemos perdido todo derecho a morar en la casa del Padre. Estamos desterrados de su hogar y no tenemos derecho a regresar. No vamos a él porque está terriblemente airado con el pecado y con todos los que hacen iniquidad. ¿Cómo nos atreveremos a acercarnos al que es fuego consumidor? No podemos ir porque somos corruptos por naturaleza, y el

hombre natural es enemistad contra Dios. Con Dios está la luz eterna, y nosotros amamos más las tinieblas que la luz. A causa de nuestra necedad y aborrecimiento de Dios, no iremos a él porque buscamos la felicidad fuera suya en el camino de impiedad. ¿Cómo, pues, podremos acercarnos al Dios vivo y ser salvos? Esta es la respuesta: ¡Dios se ha revelado a sí mismo como el Dios de salvación a través de Jesucristo nuestro Señor! De manera que la respuesta a la pregunta de a quién tenemos que ir, no ha cambiado: tenemos que ir al Dios vivo; pero ahora toma nueva forma: tenemos que ir a través de Jesucristo, porque es capaz de salvar plenamente a todos los que se llegan a Dios por él. ¡Hay que venir a Jesús para ir a Dios! porque Jesús es la revelación del Dios de nuestra salvación.

Permítanme enfatizar que es al Jesús de la Escritura al que tenemos que acudir, y no a cualquier otro Cristo de nuestra imaginación. Son muchos los modernos “Jesús” de fabricación humana: todos ellos caracterizados por el dato de que el pecador puede ir a los tales sin tener que renunciar al orgullo de su pecaminoso corazón. A uno de estos lo podemos llamar “el Gran Maestro”; cuando se predica a este Jesús se dice que sus enseñanzas son excelentes, especialmente las del sermón del monte, y que nosotros tenemos la bondad suficiente como para recibirlas y cumplirlas. Otro de esos Jesús podría ser “el Buen Ejemplo”: que caminó iluminando para que los demás le siguieran; de ahí que debemos vivir siempre con esta interrogante: ¿qué haría él en nuestro lugar? Tal vez nos topemos con “la Consciencia de Dios”: este Jesús descubrió que el hombre es hijo de Dios y así lo reveló a sus hermanos. Por eso tenemos que creer en la fraternidad de Dios y

TODO EL QUE QUIERA

establecer la fraternidad humana en el mundo. Hay que procurar un estilo de vida cristiano para todos. De tal índole es el reino que tenemos que construir en la tierra. Todos estos Jesús nos muestran lo buenos que somos, y qué poder tan grande tenemos para hacer el bien, y cómo está en nosotros el obrar por sí mismos en el favor y amor de Dios. (Toda esta zurrapa moderna, que alimenta el orgullo del pecador, nada tiene que ver con el Cristo de la Escritura!

Tenemos que acudir a Jesús, y éste no deja en nosotros nada excepto la confesión de que somos pecadores, culpables y corruptos; pecadores que deben y pueden ser salvos sólo por la gracia pura y soberana. El Cristo de la Biblia es el que vino al mundo, el Hijo de Dios, que nació de la virgen María como niño indefenso en el pesebre de Belén: la segunda persona de la Trinidad, carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos. Él es quien habitó entre nosotros, y por su palabra y obra nos reveló al Padre, el Dios de nuestra salvación. El Cristo de la Escritura es el que murió en la cruz del Calvario, no por sus principios morales o sociales, no como un noble ejemplo para que le imitésemos, sino porque había sido entregado por nuestras transgresiones. Puso ante Dios el perfecto sacrificio por el pecado en nuestro lugar, y dio plena satisfacción a la justicia divina por todas nuestras transgresiones. Él es quien resucitó al tercer día para nuestra justificación, levantándose a una vida gloriosa, trascendente y victoriosa; la muerte ya no tiene más dominio sobre él. Ascendió a lo alto, y fue exaltado a la diestra de Dios, y recibió todo poder en el cielo y sobre la tierra, recibiendo la promesa del Espíritu. Él es el Espíritu vivificante, el Salvador, el Señor Todopoderoso, que tiene la prerrogativa y el poder de salvar a los pecadores,

es decir, de llevarlos al Dios vivo, de introducirlos en la casa del Padre para que tengan vida, y la tengan más abundante que nunca. En él contemplamos al Reconciliador, al Justificador del impío, que no nos imputa iniquidad. Él es el Pan de vida que necesitamos comer; la Fuente de agua viva de la que tenemos que beber; Él es el Camino al Padre, ¡ir a Cristo es ir a Dios a través de él!

Mas, ¿quién quiere ir a Dios?

¿Lo hará el hombre natural?, ese del que la Escritura dice que está muerto en sus delitos y pecados (Ef. 2:1); que es y ama las tinieblas más que la luz, a la cual aborrece y no quiere venir a ella (Ef. 5:8. Jn. 3:19,20); que no busca a Dios ni hay temor de Dios delante de sus ojos, y cuya mente es enemistad contra Dios (Rom 3:11,18; 8:7). ¿Tendrá ese tal hombre el querer para ir a Dios por Jesucristo? ¡Jamás! Nunca irá al Dios vivo por sí mismo.

Sin embargo, eso no quita que sea plenamente cierto y seguro que “todo el que quiera, puede venir”. Porque el que tiene sed del Dios vivo, ya ha sido guiado por el Padre. Y si alguno quiere ir a Dios a través de Cristo, es porque su mente ya ha sido iluminada y su voluntad cambiada de forma maravillosa por la poderosa gracia de Dios, el cual llama a las cosas que no son como si fuesen, y da vida a los muertos. Que nadie dude de ser recibido, porque Cristo mismo lo asegura: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí, y al que a mí viene, no le echo fuera”.

3

A DESCANSAR

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.
(Mt. 11:28)

Para ser salvos tenemos que ir a Dios. Pero no podemos hacerlo tal como somos: culpables y corrompidos con el pecado; por eso debemos ir a Jesús para, a través suyo, llegar a Dios. Porque Jesús es la revelación del Dios de nuestra salvación, y puede salvar plenamente a los que se acercan a Dios por él. Y todo el que quiera venir, puede hacerlo, teniendo la seguridad de que no será echado fuera.

Ahora bien, ¿quiénes son los que quieren venir a este Jesús, el Cristo de la Biblia? Con independencia de cómo se explique el hecho en sí, es evidente que no todos tienen el deseo de hacerlo, pues si lo tuvieran, vendrían. Sin embargo, la Escritura y la experiencia enseñan que no todos son salvos. Y cuando se les predica el evangelio sin distinción, de inmediato se percibe que muchos rechazan a Cristo, no quieren tener nada con él, y lo aborrecen y crucifican de nuevo; mientras que otros, por el contrario, lo reciben y se les da potestad de ser hechos hijos de Dios. Cristo está puesto para caída y levantamiento de muchos, no sólo en Israel, sino en todos los tiempos y entre todas las naciones (Lc. 2:34). Es una señal que será contradicha, y los pensamientos de muchos corazones serán revelados por él (Lc. 2:34,35). La palabra de la cruz es locura para unos, y poder de Dios para

otros (1ª Co. 1:18). El Cristo crucificado es piedra de tropiezo para muchos, mientras que para otros es sabiduría de Dios (1ª Co. 1:23,24). Y los que predicán el evangelio son olor de vida para vida a algunos, y a otros olor de muerte para muerte (2ª Co. 2:15,16). Él es la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; sobre la que muchos son edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo; mas para otros es piedra de tropiezo y roca que hace caer (1ª P. 2:58). Así fue cuando él mismo predicó el evangelio del reino en la tierra, y la misma separación entre los hombres sigue causando el evangelio hasta hoy.

¿Cómo se explica esta diferencia? ¿Qué hay en Jesús, el Cristo de la Escritura, para que unos estimen como estiércol todas las cosas en comparación con el conocimiento de su Señor, mientras otros le desprecian y rechazan y aborrecen más que a nada en el mundo? ¿Qué hay en los hombres para que expresen valoraciones tan radicalmente distintas, y asuman posiciones tan diametralmente opuestas? Todo el que quiera, puede venir. Seguro. Pero no todos quieren. ¿Por qué unos sí y otros no?

TODO EL QUE QUIERA

Para contestar a estas cuestiones necesitamos mirar más de cerca al Cristo de la Escritura, y examinar a los hombres en relación con él. ¿Quién es? ¿quién proclama ser este Jesús? ¿Qué promete a los que van a él, y qué deben realmente buscar, desear y amar?

Prestemos atención especial a esos pasajes en los que el Señor llama a los pecadores a venir a él. Uno de estos es el bien conocido de Mateo 11:28: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”.

Es evidente que el Salvador se presenta aquí a sí mismo como el Dador-descanso. Nótese, además, que esta declaración es positiva e ilimitada. Es positiva en su promesa: Os haré descansar. Precisamente por afirmaciones como esta se distingue Cristo de todos los demás: él habla con autoridad, no como los escribas. Cristo no dice: Os instruiré en el arte de garantizaros descanso por vosotros mismos; o, yo os enseñaré dónde podéis encontrarlo. No. Él dice positivamente: Os haré descansar. Además, es una declaración no limitada por el tiempo o el espacio, pues aún hoy sigue con nosotros. Fue pronunciada hace casi dos mil años en el pequeño Canaán, pero permanece oyéndose en todo el mundo. Es la única palabra con autoridad y poder que se oye en medio de un mundo lleno de intranquilidad, guerras, aborrecimientos, derramamientos de sangre y destrucción. (Venid a mí, y os haré descansar!

Puede que alguien piense que todo el mundo, especialmente en una situación como la actual, con el desgarro y el hastío de la guerra, atenderá esta llamada y se volverá a Cristo por descanso. Es cierto que estamos en guerra, la peor y más sangrienta de cuantas se han librado; pero

¿no luchamos por la paz, para que la paz mundial venga cuando termine el enfrentamiento? ¿No estamos buscando, hablando y planificando una paz real, justa y duradera para el mundo? Bien, entonces la solución parece fácil. Tenemos la voz que con autoridad proclama hasta los fines del mundo: “Venid a mí, y os daré descanso”. En una situación tan dolorosa, ¿seguramente todos irán para que les cumpla su promesa! No. No es tan simple.

¿Es esta paz, este descanso humano, lo que Cristo promete?

La Escritura habla frecuentemente del reposo; y la idea es siempre la misma en esencia. En seis días creó Dios el mundo y el séptimo reposó. Ese es el reposo de Dios, su sabbat, su entrar en el gozo de su obra terminada. Y santificó ese día para el hombre, para que él también pudiera entrar en el reposo de Dios. La tierra de Canaán en la cual Yahvéh introdujo a su pueblo Israel era el reposo: allí viviría el pueblo en la comunión del pacto con el Señor su Dios. Y les ordenó guardar el sábado, el reposo de Dios. Sin embargo, también ha jurado que no entrarán en su reposo y están bajo su ira, todos los que divagan de corazón y no conocen sus caminos (Sal. 95:10-11). El pueblo hallará descanso para su alma en el camino de los mandamientos de Yahvéh (Jer. 6:16). La primera parte del capítulo cuarto de la carta a los Hebreos está dedicada enteramente a la cuestión del reposo. Allí aprendemos que ni el reposo de la creación en el día séptimo, ni el de Canaán, fueron terminantes y perfectos. Dios ha preparado otro mejor, más rico y permanente para su pueblo: el reposo en Cristo, el sábado eterno que queda para los redimidos. Ahora es el tiempo de procurar entrar en ese reposo (He. 4:11).

TODO EL QUE QUIERA

De ese descanso habla la voz desde el cielo en Apocalipsis 14:13: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen”. Es el estado opuesto al del impío que adora a la bestia y su imagen, el humo de cuyo tormento “sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche” (Ap. 14:11). Desde el principio la Escritura habla de este reposo como la realización de la promesa de Dios a su pueblo; y es del que habla el Salvador cuando dice: Venid a mí, y descansad.

¿Qué, pues, es el reposo, y cuál ese en particular que se nos presenta en la Escritura como el objeto final de la salvación?

Reposo no es lo mismo que ociosidad o mera inactividad. Porque, por un lado, un estado de estricta inactividad es imposible para el hombre, pues su espíritu siempre está ocupado, y es fácil que se recueste perezosamente en la cama sin obtener el descanso apetecido. Por otra parte, un estado de plena e intensa actividad es compatible con el reposo perfecto. En esa imagen tan bella y simbólica del estado de gloria presentada en Apocalipsis 4, leemos que los cuatro seres vivientes que están alrededor del trono de Dios y del Cordero “no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir” (vs. 8). ¿Quién no entiende que en esta glorificación constante del Altísimo se encuentra el disfrute del verdadero reposo? Aun el mismo descanso de nuestro día de reposo semanal no consiste en la mera cesación de todo trabajo, sino más bien en llenar el día hasta rebosar con la actividad de buscar el reino de Dios. Por lo tanto, el hol-

gazan que pierde su tiempo el primer día de la semana, es más profanador del sábado que quien emplea el día en vender o labrar.

El reposo implica que una cierta tarea ha concluido, que la obra está completa y terminada, que el propósito se ha cumplido y se ha obtenido el fin apetecido, y ahora se entra en el disfrute de la obra acabada. Es ese estado de alma y cuerpo, de mente y corazón, en el que la más intensa actividad es, al mismo tiempo, perfecto reposo, y el trabajo es gozo perfecto.

Para el hombre este reposo consiste en la adecuada comunión con Dios. Como dijo Agustín: “Nuestro corazón está sin reposo, hasta que no descansa en ti”. Porque el hombre fue creado a imagen de Dios, en verdadero conocimiento y santidad, dotado con el conocimiento de Dios que es vida, para que en esta semejanza pudiera ser el amigo de Dios, entrar en su más íntima comunión, disfrutar su favor y gustar que el Señor es bueno. Esta comunión suponía constante actividad, amando al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su mente, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y servir al Altísimo con todo su ser en gozosa y voluntaria obediencia. En ese estado puso Dios al hombre en el primer paraíso; un estado de rectitud, reposo e intensa actividad, de gozo y de paz, de vida y gloria, en el que continuamente procuraba el fin de tener comunión con Dios en el camino de la plena obediencia de amor. El ciclo semanal de seis días y uno, era un símbolo y sello para el hombre de esa perfecta relación de trabajo y reposo.

Pero el hombre no quiso a Dios. Cayó de su reposo y se precipitó en el

TODO EL QUE QUIERA

desasosiego incurable del diablo. Rechazó la Palabra de su Dios y siguió la mentira de la serpiente. Rehusó caminar en la senda de la obediencia, sólo en la cual era posible obtener y gustar la bendita comunión con Dios, y se convirtió en desterrado, culpable y digno de muerte, objeto de la ira de Dios, bajo la cual pereció, con su entendimiento entenebrecido, corrupto de corazón y perverso de voluntad, enemigo de Dios, buscando reposo donde sólo se puede encontrar iniquidad, paz donde sólo hay guerra, y vida donde está la muerte. Atrayendo sobre sí tal carga de culpa que nunca la podrá expiar, sino que la incrementará cada día. Fue encadenado con grilletes de pecado y corrupción que nunca podrá romper, y quedó sometido al poder de la muerte, de la que nunca se podrá librar. Extraviado, inquieto, sin Dios en el mundo, es “como la mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo Dios, para el impío” (Is. 57:20,21).

Dios ha provisto, no obstante, un mejor descanso para su pueblo: el reposo de su pacto y reino eterno, en el que tendrá su tabernáculo con ellos para siempre en gloria celestial. Esa obra de Dios por la cual nos saca de nuestra senda de iniquidad a la gloria de su sábado eterno, es la maravilla de la gracia y la salvación. Porque este reposo final y eterno sólo se puede obtener por medio de una obediencia tal que sea capaz de vencer y borrar el pecado. La justicia de Dios debe ser satisfecha, el pecado expiado y establecido un fundamento de justicia. El pecador tiene que ser redimido, liberado del poder y dominio del pecado y la muerte, y revestido con una nueva justicia y una nueva vida para que tenga el derecho y el poder de comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de

Dios. El reposo verdadero es, pues, cese del pecado: ese estado en el que el poder del pecado y de la muerte ha sido derrotado para siempre, y se ha logrado la justicia perfecta y la vida eterna en el tabernáculo celestial de Dios.

Ese reposo está en Cristo. Nunca podríamos cumplir la tarea de expiar nuestros pecados ni liberarnos del yugo de corrupción y del dominio de la muerte. Estamos aplastados por el pecado y no podemos movernos, y aunque intentásemos expiarlo, todo sería en vano. La obra es de Dios. Suyo es el reposo. El cumplió la obra en Cristo, su unigénito Hijo. Cristo es el reposo en sí mismo porque él es Enmanuel: Dios con nosotros; la naturaleza humana y la divina unidas para siempre en su bendita persona. Él mereció el reposo porque tomó todos nuestros pecados sobre sus poderosos hombros y cargó con el castigo en el madero maldito. La obra fue realizada: “Consumado es”. Quitó toda nuestra culpa, venció el poder de la muerte y nos colocó en la gloria de su Resurrección. Subió a lo alto y recibió la promesa del Espíritu; así que él es el Espíritu vivificante, capaz de sacarnos del pecado a la justicia, de la muerte a la vida eterna. Y desde lo alto dice: “venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”.

¿Irán a Cristo? ¿Tiene alguien el deseo y la voluntad para entrar en su reposo? De sí mismo ¡nadie! Porque el querer ir está motivado por el anhelo de volver a Dios, y el hombre es su enemigo; implica la consciencia y el reconocimiento de que se está trabajado y cargado con un yugo de pecado que nunca puede quitarse. Querer ir supone reconocer que estamos aplastados y desesperados por el pecado y la muerte, y que todo nuestro

TODO EL QUE QUIERA

esfuerzo es en vano. Significa reconocer que por nosotros mismos es imposible entrar en el reposo; implica que nuestros ojos estén puestos en Jesús como el Dador de descanso, y que le anhelemos esperando que nos lleve a Dios y su reposo. Que deseamos estar a bien con Dios, y no sabemos cómo; queremos dejar el pecado, y no podemos; queremos ir a la casa del Padre, y no sabemos. Solamente Cristo sabe y es capaz, ¡él es nuestra única esperanza! Todo eso significa querer ir a Cristo.

Pero el hombre natural no tiene de sí mismo este querer. Está trabajado y cargado, cierto, mas no del pecado como tal. Su conflicto es con la inquietud, la guerra, la destrucción, el derramamiento de sangre, la enfermedad, la angustia y la muerte. Y su esfuerzo está enfocado a eliminar esas trabas que fastidian su bienestar. Quiere establecer la paz y la felicidad y hacer un mundo mejor, pero no reconoce que su problema es su pecado, y que su inquietud y falta de reposo está causada por haber despreciado a Dios. No quiere cesar del pecado ni buscar a Dios. Busca el reposo y la paz precisamente en la esfera del pecado. Hace la guerra hablando bellas palabras de paz; presumiendo de justicia, aborrece la de Dios, y destruye el mundo, mientras proclama uno mejor. Realmente no quiere entrar en el reposo de Dios, ni venir a Cristo.

Mas ahora Cristo dice: ¡Ven! Y cuando él habla, ¿quién puede resistirse? Si hablo yo, si habla un simple hombre, si un predicador ruega, invita y persuade, eso no tiene ningún valor. Lo oyes con tu oído natural, lo ves con tus ojos naturales, y comprendes el significado, pero tu corazón está lejos, y rechazas a Cristo. Con ello demuestras que eres ciego, sordo y corrupto, agravando así tu culpabilidad.

Pero no, no es la voz de un pecador, ¡es Cristo el que habla! El que una vez dijo ante la tumba de Lázaro: ¡Ven fuera!, también habla hoy por su Palabra y su Espiritu. Y por el poder de su Palabra recibes ojos para ver, oídos para oír y una mente iluminada para comprender tu miseria, el anhelo de ser libre y entrar en el reposo de Dios, y la voluntad para ir a Cristo. Y todo el que quiere puede ir sin temor. La promesa es tuya y nunca fallará: “Ven, y yo te haré descansar”.

4

AL AGUA VIVA

Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. (Jn. 7:37)

Las palabras “todo el que quiera, puede venir”, se interpretan generalmente como queriendo decir que la salvación es un asunto dejado a la voluntad y decisión del pecador. Se reconoce que no todos son salvos, pues no todos quieren ir a Cristo, pero eso no sería debido a cualquier incapacidad de la voluntad o ceguera espiritual del entendimiento, sino simplemente a un mal uso del poder de la voluntad, de la que el hombre es dueño y señor. Aunque pueda admitirse que está inclinado por naturaleza a rechazar la salvación en Cristo, sin embargo, mantiene el poder para volverse y aceptarle: puede querer lo que le plazca, y desear todo lo que estime oportuno. Su voluntad es libre: soberana y arbitrariamente libre; por eso puede aceptar o rechazar a Cristo. Y esa facultad la conservará hasta la muerte. Lo que acepta hoy, puede dejarlo mañana. De ahí que sea salvo sólo si acepta a Cristo en el mismo instante de morir, o si mantiene hasta el final la decisión por Cristo que un día hizo. Si la aceptación ha durado toda una vida, pero al final se abandona, entonces estaría perdido.

Este planteamiento supone que es esencial para la libertad de la voluntad su condición de indiferencia o arbitrariedad, es decir, que puede escoger una cosa o su

contrario sin ningún condicionante. Sin embargo, en esta postura no se explica por qué, si la voluntad es así, no siguen siempre en el peligro de elegir lo opuesto, y caer en la condenación, aquellos que gozan ya de la presencia de Cristo en el cielo. Mal encaja este tipo de libertad con la permanencia en la salvación para siempre.

En cualquier caso, es evidente que no podemos admitir ese planteamiento, pues es absurdo y opuesto a la experiencia, y contrario a todo lo que enseña la Escritura sobre el estado del hombre natural y sobre la gracia soberana de Dios para salvación. Una tal voluntad del hombre que sea indiferente y arbitraria, que pueda elegir una cosa o su opuesto, sencillamente no existe. La voluntad siempre está motivada para sus elecciones, nunca es neutral. Así ocurre en el mundo material; ¿por qué quieres comer o beber? porque tienes hambre o sed. Cuando quedas satisfecho entonces ya no quieres. Lo mismo ocurre en el plano espiritual. El querer ir a Cristo tiene unos motivos específicos. A él se va porque se está anhelante del Dios vivo; porque se está cansado del pecado y se busca reposo, el reposo del perdón, de la justicia eterna y de la comunión con Dios; se va a Cristo porque se sabe que él es el único camino;

TODO EL QUE QUIERA

porque se está sediento del agua viva, y la Fuente está abierta sólo en él. Y todo esto de ninguna manera es del pecador mismo, sino el fruto de la gracia.

Cristo es la fuente del agua de vida. En el paraíso de Dios el río del agua de vida fluye del trono de Dios y del Cordero, lo que significa que procede de Dios a través de Cristo. En el último día, el gran día de la fiesta de los tabernáculos, cuando la jarra de oro se llenaba con agua del estanque de Siloé, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn. 7:37). A la samaritana en el pozo, le dijo: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías, y él te daría agua viva”. Y luego: “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn. 4:10,13,14). La apertura de esta fuente de agua viva en Cristo ya fue tipificada y predicha siglos antes en la antigua dispensación. La sed de los hijos de Israel fue maravillosamente apagada con agua de la roca, y el apóstol Pablo refiriéndose a ese milagro de la gracia, escribe que “todos bebieron de la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo” (1ª Co. 10:4). Cristo los seguía en el peregrinar en el desierto, y se reveló a sí mismo al suplirles con agua de la roca. Es con la mirada puesta en su venida que clama Isaías: “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio vino y leche” (Is. 55:1). Y también pudo proclamar la bendita promesa: “Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida” (Is. 44:3). Y el Señor

promete por medio de su profeta Zacarías: “En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y la inmundicia”. Y acontecerá en ese día de salvación “que saldrán de Jerusalén aguas vivas” (Zac. 13:1; 14:8). Ese manantial está abierto en Cristo, y de él fluyen los ríos de agua viva.

¿Qué significado tiene ese símbolo?

El agua tiene en la Biblia un significado simbólico muy rico. Algunas veces hace referencia a la aflicción profunda que anega nuestra alma y las olas que nos abaten. Como un signo de realidades espirituales indica tres cosas principalmente: separación, limpieza y vivificación espiritual, y renovación. El agua del bautismo es un signo y sello de la separación espiritual del mundo en la comunión con Cristo, así como de la limpieza del pecado para la justicia eterna. Por eso las aguas del diluvio fueron un tipo del bautismo en Cristo, pues por el agua (no por el arca) fue limpiada la iglesia y separada del mundo impío que pereció bajo las aguas del juicio (1ª P. 3:20,21). En el mismo sentido tipificaron el bautismo las aguas del Mar Rojo, porque por ellas el pueblo de Israel quedó separado para Dios frente a Faraón y su ejército, y la casa de servidumbre en Egipto. Y por el bautismo el viejo hombre de pecado es tragado y surge el nuevo en Cristo, separado del pecado y del mundo impío, resucitado con Cristo a una nueva vida de comunión con Dios.

Es evidente, sin embargo, que el significado es algo diferente cuando se refiere a Cristo como la fuente de agua viva. En este caso indica vivificación, renovación, y satisfacción completa. Puede decirse, en primer lugar, que el

TODO EL QUE QUIERA

agua viva (o de vida) representa principalmente, y en su sentido más profundo, al Espíritu Santo como el Espíritu de Cristo, por quien todas las bendiciones espirituales de salvación son concedidas a la Iglesia como un todo, y a cada creyente en particular. Ese Espíritu es el río de agua de vida que fluye constantemente de Dios a través de Cristo en la Iglesia. Esto queda señalado en Isaías 44:3, porque después de decir “derramaré aguas sobre el sequedal”, explica el símbolo añadiendo: “Y derramaré mi Espíritu sobre tu generación”. Así lo afirma igualmente Juan 7:37-39, pues la promesa del agua viva la explica el apóstol diciendo: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él”. Y la imagen del río de agua de vida en Apocalipsis 22 muestra la misma idea, pues el río se presenta como saliendo del trono de Dios y del Cordero. Con la exaltación del Salvador y el derramamiento del Espíritu Santo poco después, en el día de Pentecostés, fue cumplida la promesa: el río de agua de vida comienza a fluir y se abrió la fuente de agua viva.

El río de agua viva representa al Espíritu Santo precisamente como el autor de nuestra salvación, que lleva a cabo en nosotros todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo; bendiciones que él obtuvo para nosotros por medio de su perfecta obediencia, y su Espíritu las toma de él para concederlas a su pueblo. A este Espíritu se le llama Espíritu de vida; Espíritu de adopción, por el cual clamamos Abba, Padre; Espíritu de verdad, que nos guía a toda verdad; Espíritu vivificante; de santidad y santificación; de sabiduría, conocimiento y revelación; en fin, el Espíritu de Cristo.

Según esto, él es quien nos regenera y nos hace nacer de nuevo: participes de la resurrección de Cristo. Nos da comprensión y discernimiento de las cosas espirituales, ojos para ver, oídos para oír, corazones renovados para entender los misterios del reino de los cielos. Por él somos llamados de las tinieblas a la luz, del pecado a la justicia, de la corrupción a la santidad, de la muerte a la vida. Todas las bendiciones espirituales de conocimiento y sabiduría, de vida y gloria, de justicia y santidad, y todas las riquezas de la gracia, fluyen constantemente de Cristo en el Espíritu a toda la Iglesia y a cada creyente. Por esa gracia abundante somos renovados continuamente para vida eterna. Y este raudal de bendición espiritual queda simbolizado por el agua viva, o el río de agua de vida.

La multitud de bendiciones espirituales de salvación tienen su base y fundamento en una: la justicia perfecta. La justicia y la salvación están ligadas y conectadas de forma tan inseparable, que a veces la propia Escritura las intercambia. Tal como la esencia real de nuestra miseria es el pecado, así la justicia lo es de la salvación. Sin ella no hay vida, ni favor de Dios, ni comunión con él. Tenemos, por consiguiente, que ser hechos justos, y eso tanto en el sentido jurídico-legal como en el ético-espiritual. Necesitamos ser justificados. Nuestros pecados han de ser borrados y perdonados, y se nos tiene que imputar la justicia de Cristo, de manera que, aunque vivamos en medio del pecado y la muerte, nos podamos gloriar en nuestra justificación, con la certeza de ser justos ante los ojos de Dios. Mas también tenemos que ser santificados, vivificados a una nueva vida delante de Dios en santidad, libres de las tinieblas, la corrupción y toda mancha. Todo esto lo abarca la justicia, por eso en ella

TODO EL QUE QUIERA

consiste nuestra salvación. Por lo cual puede decirse realmente que el agua de vida que fluye del trono de Dios y del Cordero, es un manantial constante de justicia, perdón, luz, santidad, amor a Dios, y vida eterna. ¡Benditos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados!

Hay que ir, pues, a Cristo para beber el agua de la vida, esto es, recibir de él y apropiarnos todas las bendiciones espirituales de la gracia para obtener justicia y vida. Cristo dice: “Ven a mí y bebe”. Entendamos bien esto. Es el Cristo de la Biblia, el Hijo de Dios encarnado, el que habitó con nosotros, que nos ha revelado al Padre y habla palabras de vida eterna, el que fue ordenado para morir en la cruz por nuestras transgresiones y fue resucitado al tercer día para nuestra justificación, el que fue exaltado en los cielos y recibió la promesa del Espíritu Santo, el que, finalmente, derramó su Espíritu en la Iglesia el día de Pentecostés: ese Cristo, y no otro, es la fuente abierta del agua de vida; él es nuestra justicia y nuestra redención completa, y se nos da a sí mismo y todas sus bendiciones de salvación por medio de su Espíritu. Y todo esto se realiza de una manera tal, que nos apropiamos y recibimos todas esas bendiciones espirituales de salvación por un acto consciente y voluntario de nuestra parte, con el que correspondemos al acto de Cristo de darse a nosotros. Este acto nuestro se expresa por las palabras “venir” y “beber”. El agua de la vida, si se me permite usar la comparación, no es introducida en nuestra garganta por un tubo, sin que hagamos nada o en contra de nuestra voluntad. Aunque eso fuera posible, de ese modo nunca podríamos gustar su pureza y dulzura renovadoras. Y Dios quiere precisamente que la gustemos.

Quiere que gustemos la gracia para cuya gloria hemos sido salvados, y que conscientemente experimentemos sus maravillas. ¡Hay que venir y beber!

¿Qué significa venir y beber de la Fuente de agua viva? Significa que estamos sedientos: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”; “a todos los sedientos: ¡Venid a las aguas!” Esta sed forma parte del querer venir. A menos que el pecador tenga sed del agua de vida, es decir, de justicia, nunca vendrá a Cristo, ni querrá beber en absoluto. Y esta sed implica, en primer lugar, que su alma tiene una profunda consciencia de su estado de pecado, de su condición perdida, de su carencia de toda justicia y de estar lleno de todo pecado y corrupción que le hace culpable delante de Dios. Implica que deplora su pecado en verdadero arrepentimiento y anhela el perdón, y la liberación de su poder y dominio, y busca ser revestido con las ropas de justicia. Significa, igualmente, que reconoce que Cristo, como la plenitud de la justicia, es la única Fuente de agua de vida de la que tiene que beber. Significa que el pecador suspira por Cristo y todas sus bendiciones de salvación. Pero es necesario más: tiene que oír y atender la palabra de Cristo: “Ven a mí y bebe”. No se trata solamente de reconocer su miseria y la grandeza de Cristo, sino que debe volverse a él, recibirle, creer en él y por fe obtener perdón y justicia, sabiduría y conocimiento, luz y vida eterna. Entonces, y sólo entonces, beberá y su alma quedará saciada.

“A todos los sedientos: ¡Venid a las aguas!”; “Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”. No os quepa duda, todo el que quiera puede venir a Cristo y beber del agua de vida.

TODO EL QUE QUIERA

¿Quién vendrá? ¿Cuál es la relación entre Cristo como la Fuente de agua viva y el pecador? ¿Se trata simplemente de que Cristo es la Fuente que brota y brota, y envía a sus predicadores para que llamen la atención de la gente respecto a ese manantial, limitándose a esperar que alguien decida venir y beber? ¡No! Si fuera así, nadie vendría; todos despreciarían esa fuente. Porque todos los hombres son por naturaleza hijos de ira, muertos en delitos y pecados, siguiendo la corriente de este mundo, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos. Tienen sed, pero no de justicia. Su sed es para las cosas del mundo, de los deseos de la carne, de los deseos de los ojos y de la vanagloria de la vida. El hombre natural siempre se gloria de su propia justicia y desprecia con el pie la de Dios. Si el venir depende de su voluntad, jamás vendrá. Ni el más formidable ejército de atrayentes y hábiles predicadores podrá nunca persuadir a un solo pecador para que venga y beba. Nadie tiene de sí mismo este querer.

Mas Cristo está en primer lugar. Y nuestro querer ir y tomar del agua de vida gratuitamente es sólo la reacción de su acto de gracia por el que se da a sí mismo a nosotros. Él se nos da, y nosotros le recibimos. Nos da ojos espirituales para ver nuestra propia miseria y desdicha espiritual, y vemos las riquezas de su plenitud; entonces le miramos como nunca antes lo habíamos hecho. El nos lleva, y nosotros vamos. Nos da sed, y bebemos. Cambia nuestro corazón, nuestra mente, y nuestra voluntad por su Espíritu y su Palabra, y le encontramos más precioso que todas las riquezas del mundo, y todo lo consideramos estiércol ante la excelencia de su conocimiento.

¡Que nadie se gloríe en sí mismo!

Si no tienes sed del Cristo vivo, se debe a que eres ciego, muerto, desnudo y miserable; enemigo de Dios, aborreciendo toda justicia aunque presumas de bondad; amas más las tinieblas que la luz, y te glorías en tu propia vergüenza. No te llenes de soberbia delante de Dios, como si tuvieras el poder de decidir venir a él cuando te plazca. Cristo es el Señor. ¡Nadie va a él, si el Padre no lo trae!

Por otra parte, si tienes sed y vienes a Cristo para beber, no te ensalces, pues no has venido de ti mismo. Fue su gracia la que te dio la sed. Fue él quien dijo: ¡Ven! y tú fuiste. Fue él quien se dio a sí mismo a ti, y tú bebiste, y continúas bebiendo para vida eterna. ¡El que se gloría, gloríese en el Señor!

5

AL PAN DE VIDA

Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo. (Jn. 6:33)

Uno de los milagros más asombrosos de la antigua dispensación fue la alimentación del pueblo de Israel, diariamente, con el pan llovido del cielo: el maravilloso maná. ¡Qué misterioso, qué inexplicable era este pan del cielo! Su apariencia era como una cosa menuda, redondo, como semilla de culantro, semejante a la escarcha. Caía cada mañana, y nunca faltó; mas el sábado era en vano ir a recogerlo. Suplía a los hijos de Israel día a día; si pretendían guardarlo de un día para otro, se les corrompía en sus despensas. Sin embargo, lo que recogían el día sexto para el sábado nunca se estropeó. Tenía que ser recogido al amanecer, pues saliendo el sol se derretía; aun así, era tan sólido como para ser majado en el mortero y cocido en el fuego. Su destinatario era exclusivamente el pueblo de Israel, pues caía sólo alrededor del campamento; y su duración fue solamente durante el tiempo de la travesía del desierto. Jamás antes, ni después, se vio algo parecido. En términos actuales, el maná debió ser una comida muy sabrosa y saludable, con todas las vitaminas necesarias, pues fue capaz de mantener vivas y fuertes, durante cuarenta años, a más de un millón de personas. Sin duda, el maná llovido del cielo ha sido una de las señales más extraordinarias que la tierra ha contemplado.

De manera similar, una de las maravillas más ilustrativas de las que realizó nuestro Salvador durante su ministerio público, fue la alimentación de los cinco mil a orillas del mar de Tiberias. Cinco panes y dos pececillos fueron multiplicados en sus manos hasta que hubo suficiente comida para cinco mil hambrientas personas, y los discípulos aun llenaron doce cestas con lo sobrante. No es extraño que la multitud, llena de entusiasmo por lo que vieron sus ojos, quisiera coronarle rey a la fuerza. Habían oído por Moisés del maná en el desierto, pero este milagro sobrepasaba en gloria, porque aquí sólo tuvieron que sentarse y recibir el alimento ya listo para comerlo.

Sin embargo, tales signos del poder maravilloso de Dios, que tienen lugar en la esfera de lo natural y terreno, fueron sólo indicadores de la suprema y más misteriosa maravilla de la gracia en la esfera de lo espiritual y celestial. Pues con referencia al maná en el desierto, el apóstol Pablo escribe en 1ª Corintios 10:3, que “todos comieron del mismo alimento espiritual”. Y “el maná escondido” es la promesa para los santos victoriosos (Ap. 2:17). Al día siguiente de la multiplicación de los panes, al encontrarse Jesús con los que se habían saciado, les recriminó que sólo lo seguían por el pan

TODO EL QUE QUIERA

terreno, pero no vieron la realidad de aquella señal; y les explicó su significado, presentándose él mismo como el pan de vida. “Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo ... Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre ... Yo soy el pan vivo que descendió del cielo ... El que cree en mí tiene vida eterna” (Jn. 6:33-51).

Es evidente, por tanto, que quien vaya a Jesús tiene que ir a él como el pan de vida. Y está claro que el querer venir y comer de ese pan presupone e implica que se tiene hambre, hambre espiritual. Los muertos no comen. Los que están saciados no buscan pan. Para venir a Cristo hay que tener apetito espiritual. En ese sentido es verdad que “todo el que quiera, puede venir”. Debemos investigar, pues, qué significa que Jesús sea el pan de vida; cómo se puede comer ese pan, y quién tiene la voluntad para venir a comerlo.

Para comprender el sentido figurado de la expresión “pan de vida”, debemos recordar que “no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Dt. 8:3; Mt. 4:4). Lo cual no significa que el pan no nos sustente a menos que Dios lo bendiga, sino que el hombre es más que las bestias, que tiene una vida más excelsa, y que su alimento no puede limitarse al simple pan material, sino que depende de la Palabra de la gracia de Dios. El animal es puramente terrenal y físico: puede vivir sólo de pan. Pero el hombre es una criatura adaptada a una vida superior: la vida espiritual en comunión con Dios.

El dicho “comamos y bebamos, que mañana moriremos” (que parece el lema de nuestro carnal y desquiciado siglo),

representa la negación de la naturaleza humana y la necesidad más profunda del hombre, colocándolo a un nivel inferior al de las bestias. El hombre tiene una vida superior que no la puede satisfacer ni con el pan material, ni con todas las cosas de este mundo, ni con todos los productos de la cultura y la civilización: esa vida sólo puede quedar satisfecha y sustentada por el favor de Dios.

Que este es el significado del texto que hemos citado, se demuestra por su contexto original en Deuteronomio 8:3, así como por el uso que hace nuestro Señor en réplica a la primera tentación del diablo. En Deuteronomio 8:3 leemos: “Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Yahvéh vivirá el hombre”. El maná era un signo del favor de Dios sobre su pueblo, y en ese sentido, era comida espiritual (1ª Co. 10:3). El Señor cita este pasaje cuando el demonio le tentó a que demostrara su poder al convertir las piedras en pan, dejando así el camino del sufrimiento, desobedeciendo al Padre, y perdiendo su favor. Cristo prefiere más bien sufrir el hambre que perder la comunión con Dios, porque el hombre no vive sólo de pan.

¡Qué verdad es para el hombre la bella expresión del Salmo 63!

“Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela,

En tierra seca y árida donde no hay aguas”.

Y luego:

TODO EL QUE QUIERA

*“Porque mejor es tu misericordia que la vida;
Mis labios te alabarán.
Así te bendeciré en mi vida;
En tu nombre alzaré mis manos.
Como de meollo y de grosura será saciada mi alma,
Y con labios de júbilo te alabará mi boca.
Cuando me acuerde de ti en mi lecho,
Cuando medite de ti en las vigilias de la noche”.*

Esto no sería así si el hombre fuera como las bestias. No. El hombre es una criatura adaptada para llevar la imagen de Dios. Los dedos de su Creador lo formaron y le infundió en su nariz el aliento de vida. En parte, es verdad, correspondía a la tierra y a las cosas terrenas, pero también a Dios. Fue creado con un corazón de donde mana su vida, y se le invistió originalmente con la imagen de Dios. Se le dotó con el verdadero conocimiento para que pudiera conocer a su Creador en amor; fue formado en perfecta justicia para que pudiera querer la voluntad de Dios; y en santidad inmaculada para que pudiera consagrarse a sí mismo y todas las cosas al Altísimo. Tenía sed de Dios, pero siempre satisfecha. Todas las cosas le mostraban a Dios; vivió en su comunión, gustó su gracia, y le amó con todo su corazón, con toda su mente, con toda su alma, y con todas sus fuerzas. La gracia de Dios era para él el pan de vida. Tal era su existencia. Esta es la vida verdadera.

Toda la vida del hombre, sin esta comunión con Dios, apartado de él y bajo su ira, no es más que muerte. Podrá comer y beber, podrá trabajar y disfrutar con todas las cosas de este mundo, podrá mejorar su existencia terrena con los logros de la cultura, el arte y la ciencia; pero si no tiene nada más que esto, entonces está realmente muerto.

Y no más que muerte es por naturaleza el hombre sin Cristo.

No creyó que su vida dependiera de la Palabra que sale de la boca de Dios: la rechazó y se volvió a la mentira y al diablo. En contradicción con esa Palabra, vio que el árbol era bueno para comer y dar la sabiduría. Dejó la verdad y siguió la mentira. Lo que obtuvo fue la muerte: perdió sus derechos y el favor de Dios, y pasó a ser objeto de su ira, bajo la cual perece para siempre. La imagen de Dios se le tornó en lo opuesto. En lugar de su conocimiento original de Dios, ahora tiene la mente entenebrecida, amando y siguiendo la mentira y la vanidad. Donde tenía justicia, ahora opera la iniquidad, por lo que su voluntad se ha corrompido y está motivada por la enemistad contra Dios. Donde había santidad, ahora tiene corrupción en toda su naturaleza, de manera que en vez de consagración, levanta su puño altivo contra el Todopoderoso. Se convirtió en hijo de su padre, el diablo. Esto es lo que ha quedado. Esto es el hombre por naturaleza. Y cualquiera que lo niegue, y proclame que todos los hombres son por naturaleza hijos de Dios, estará engañando a la gente y apartándola de Cristo. A tal grado llega su muerte por naturaleza, que el hombre no tiene, ni puede querer tener, hambre y sed del Dios vivo. Tan realmente muerto se encuentra, que tiene que ser resucitado. ¡Tiene que nacer otra vez para que pueda vivir!

Ahora bien, Cristo es el pan de vida precisamente para esos pecadores que están muertos en sus delitos y pecados. Es el pan que Dios ha preparado para que los que coman de él tengan vida eterna. Y esta vida no es meramente algo que no tiene término, sino vida en comunión y amistad con Dios en el grado más alto

TODO EL QUE QUIERA

posible, esto es, en gloria celestial. A esa vida hemos sido renovados por el Dios de nuestra salvación, vida eterna de inmortalidad e incorrupción en el tabernáculo de Dios, donde le veremos cara a cara, y le conoceremos como fuimos conocidos; y todo ello a través de Jesucristo. El es el verdadero maná que descendió del cielo, el pan de vida: el Hijo de Dios que se hizo carne y fue crucificado, que resucitó de los muertos al tercer día y fue glorificado en las alturas, el Espíritu vivificante. Cristo es el pan de vida porque en él hay plenitud de gracia, la gracia que los pecadores necesitan para tener vida. En él hay justicia, justicia perfecta y eterna, para los pecadores que en sí mismos son culpables y dignos de muerte eterna; una justicia que es suficiente para vencer y borrar todos los pecados de los que son en sí mismos hijos de ira, y hacerlos dignos de la gloria de la vida eterna, la cual ni aun Adán en el estado de rectitud conoció, ni podía haber obtenido. En él está el poder para librar completamente del yugo y las cadenas del pecado y la corrupción, y dar la perfecta libertad del amor de Dios. En él hay perfecta paz, conocimiento de Dios, sabiduría, luz y vida. El Cristo de la Biblia es el pan de vida, del cual, el que comiere, no tendrá hambre jamás. Este es el verdadero maná que sustenta al pecador que ha pasado de la culpabilidad a la perfecta justicia; de la corrupción a la santidad; de la ignorancia espiritual al verdadero conocimiento de Dios; de la necesidad a la sabiduría; de las tinieblas a la luz; de la muerte a la vida eterna.

No hay salvación, pues, sin venir a Cristo y comer. Jesús no se limita a dar el pan, sino que él ES el pan de vida. Por eso comer el pan es comer a Cristo. Igual que en el sentido natural comemos el pan, es decir, que lo cogemos, lo gustamos, lo paladeamos y lo asimilamos haciéndolo

parte integral de nuestra existencia física, carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, hueso de nuestros huesos; del mismo modo, en un sentido espiritual, tenemos que comer al Cristo de la Escritura, apropiarnos de él, gustar que es bueno, absorberlo y asimilarlo en nuestra naturaleza espiritual. Pero tenemos que comerlo no como el Cristo moderno, fruto de la invención humana. No como un gran maestro que nos enseña cómo ser buenos; ni como un buen ejemplo que debemos copiar, o algo parecido. No. Hay que comerlo como el Crucificado que resucitó de los muertos. Por eso dijo a la multitud asombrada que murmuraba en Capernaum: “Y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo”. Y luego: “De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Jn. 6:51-56). Así, apropiándonos y asimilando en nuestra realidad espiritual a Jesús, recibimos de su plenitud gracia sobre gracia. Su justicia llega a ser nuestra también, y su conocimiento nuestro conocimiento. Su amor vence nuestra enemistad, su vida vence a nuestra muerte, ¡pasamos de muerte a vida!

Ese acto de comer el pan de vida no es una obra cumplida y terminada de una sola vez. No puedes decir: “Yo acepté a Cristo hace un año, o diez, y a causa de ese acto aislado y cerrado soy salvo y vivo en el día de hoy”. Así como para sostener tu existencia física tienes que comer diariamente, del mismo modo debes asimilar y apropiarte constantemente de Cristo para tener su vida. Nuestra vida no está

TODO EL QUE QUIERA

en nosotros, sino en él, y siempre tenemos que estar recibiendo gracia sobre gracia. Y aquí, en este mundo, ese comer el pan de vida tiene lugar por medio de la predicación de la Palabra como se nos revela en la Escritura, y por la administración de los sacramentos que Cristo mismo instituyó con ese propósito.

¡Todo el que quiera, puede venir y comer del pan de vida! Esto es cierto. No hay excepción a este “todo el que quiera”. Pero ¿quién vendrá? ¿Quién quiere venir?. Seguramente dirás: sólo lo hará el que tenga hambre de ese pan de vida. El querer está motivado por el hambre; y este hambre consiste en una profunda conciencia de pecado, de nuestro propio vacío y de la plenitud de Cristo, de nuestra miseria y de su justicia, de nuestra muerte y de su vida, y en un anhelo profundo de poseer a Cristo.

Pero tendrás que admitir que el muerto no tiene hambre. Y el hombre natural está precisamente muerto, ciego y desnudo; es un miserable, enemigo de Dios, amador del pecado y de las tinieblas. Su condición es tal, que por naturaleza no sólo no quiere el pan de vida, sino que le produce náuseas y lo rechaza con repugnancia. Siempre asumirá la misma actitud de la multitud carnal en Capernaum, que al final estimó las palabras de vida de Jesús como algo duro que nadie podía oír, y le dejaron y ya no le seguían.

El querer venir a comer el pan de vida es el querer de la fe, Solamente por la fe tenemos hambre de justicia y vida. Sólo por ella reconocemos a Cristo como el pan vivo. Por fe anhelamos, por fe venimos, por fe nos unimos a él y recibimos gracia sobre gracia, y lo comemos para vida eterna. Mas la fe no es de nosotros mismos: es el don de Dios. El querer

venir y comer es, por lo tanto, fruto de la gracia. Y si es así que, por la maravillosa gracia de Dios, se nos ha dado hambre, y hemos gustado la bondad del pan de vida, entonces podemos afrontar con seguridad la pregunta que el Señor hizo a sus discípulos cuando la multitud de Capernaum se había alejado: “¿Queréis acaso irnos también vosotros?”; y decir con Pedro: “Señor, ¿a quién iremos?, tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Jn. 6:67-69).

6

AL LIBERTADOR

Me ha enviado ... a publicar libertad a los cautivos. (Is. 61:1)

En la discusión del tema que venimos tratando surgía la pregunta de a quién tenemos que ir, cuya respuesta era: a Jesús. Lo cual suscitaba otra cuestión: ¿Quién es este Jesús?; a la que ya hemos dado varias respuestas, con el fin de mostrar si el hombre por naturaleza tendría el querer para ir a él. Jesús, hemos dicho, es la revelación del Dios de nuestra salvación y es capaz de salvar plenamente a los que se acercan a Dios por él. El querer ir a Jesús, por lo tanto, estará motivado por el anhelo de ir a Dios. Cristo es el Dador-de-descanso, y ha prometido reposo eterno en el tabernáculo de Dios, esto es, perfecta comunión y amistad con Dios, a todos los que vienen a él, lo cual presupone que realmente se busca esa clase de reposo. Cristo es también el pan y el agua de vida, por lo que venir a él significa que se tiene hambre y sed de justicia. En este capítulo vamos a considerar desde otro aspecto a este Jesús al que tenemos que acudir: lo veremos como el Libertador, que promete libertad a todos los que vienen a él.

La Escritura declara en más de una ocasión que Cristo es el Libertador y que la verdadera libertad se encuentra en él. Ya en la antigua dispensación se anuncia a sí mismo, a través del profeta Isaías, como aquel a quien el Señor había ungido

para predicar buenas nuevas a los abatidos, para vendar a los quebrantados de corazón, para publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de cárcel (Is. 61:1). Concretamente fue este pasaje el que leyó en la sinagoga de Nazaret aplicándose estas palabras a sí mismo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lc. 4:16-21). Y luego, en la fiesta de los tabernáculos, dijo a los judíos de Jerusalén: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres ... Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Jn. 8:31-36). Por consiguiente, es la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús la que nos libra de la ley del pecado y de la muerte (Ro. 8:2). Y la misma creación será liberada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Ro. 8:21). Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (2ª Co. 3:17); y a los que han venido a él se les amonesta para que permanezcan firmes en la libertad con que Cristo les hizo libres (Gá. 5:1). Sin ninguna duda, en Cristo hay libertad, ¡él es el verdadero Libertador!

Según esto, podría parecer que estamos ante un tema realmente atractivo para los corazones de los hombres, y todo

TODO EL QUE QUIERA

haría esperar que, unánimes, fueran con avidez a este Libertador para recibir la libertad. ¿No se nos dice que el hombre suspira por libertad, y que la libertad es más valiosa que la vida? ¿No está toda la historia caracterizada por una lucha determinada y fiera por la libertad? ¿No buscamos esperanzados las llamadas cuatro libertades básicas: del temor; de la pobreza; de expresión; y de religión y adoración? ¿No estamos soportando toda la penuria, destrucción y sangría del presente conflicto mundial con el propósito de obtener y asegurarnos la tan preciada libertad? Muy bien, pues todo eso es lo que promete Cristo. El se anuncia a sí mismo como el perfecto Libertador. Sí, te promete libertad de la pobreza, carencias y miserias, y esto en un sentido absoluto: tanto del cuerpo como del alma. Te promete libertad del temor, incluyendo su causa más profunda y universal: la muerte y el infierno. Promete libertad de expresión en el verdadero y más sublime sentido del término. Y libertad de religión, culto y adoración de tal naturaleza que jamás puede ser reducida o encadenada. Además, tenlo muy en cuenta, no sólo te promete libertad “de” algo, negativamente, sino la libertad verdadera y positiva: de las cadenas de la pobreza, a la satisfacción eterna y la plenitud; del temor, a la confianza y la paz; de la opresión a la verdadera libertad de conciencia; de la más honda miseria, a la más excelsa gloria; de la muerte horrible a la vida eterna. Y propone esta libertad como un don gratuito. No tienes nada que sacrificar por ella; no necesitas trabajar o pelear para conseguirla; no tienes que pasar por la agonía de la guerra para obtenerla. ¡Cristo la ha realizado completamente solo! ¡Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres!.

No obstante, por muy paradójico que parezca, los que luchan hasta la muerte por la libertad, sin embargo, no quieren la libertad verdadera, y no vienen a Jesús. En las dos ocasiones antes mencionadas, en las que Jesús se proclamó como el Libertador, los judíos le rechazaron, se llenaron de ira y quisieron matarle. En Nazaret, aunque admitieron que era alguien que hablaba cosas extraordinarias, aun así, tenían en su corazón el decirle: “Médico, cúrate a ti mismo”. Y cuando el Señor insistió, encolerizados, lo hubieran despeñado si no se va de ellos milagrosamente. Y en Jerusalén, negando los judíos que fuesen esclavos de alguien, le llamaron samaritano y que tenía demonio, cogiendo piedras para apedrearlo; pero otra vez el Señor escapó saliendo por en medio de ellos (Jn. 8:4859). En nuestros días no es diferente. Los hombres prefieren más bien luchar hasta la muerte por sus propias convicciones de lo que es la libertad (algo carnal e imposible), que venir para recibir la libertad de Cristo.

¿Por qué ocurre esto?

¿Qué condujo a los que tan orgullosamente ostentaban su libertad a rechazar, perseguir, y, finalmente, crucificar al que proclamaba libertad para los cautivos? ¿Qué lleva a los que dicen tener a la libertad como la cosa de más valor, y por ella luchan hasta la muerte, a seguir crucificando a este Libertador? ¿Qué clase de libertad es la suya que todos la rechazan?

Debemos entender que la libertad no es en primer término, y en su más profundo sentido, una relación entre hombre y hombre, sino entre el hombre y Dios. Tampoco se trata de una mera relación, estado o condición externa, sino algo del corazón. Además, la libertad no consiste

TODO EL QUE QUIERA

en un estado en el cual el hombre pueda hacer lo que le plazca, sino en una virtud espiritual por la que al hombre le agrada hacer la voluntad de Dios. La libertad de cualquier criatura consiste en vivir y moverse, de acuerdo al impulso de su naturaleza, dentro de los límites de la ley que Dios ordenó para ella. El águila se remonta en el cielo en armonía con su naturaleza y con la ley de Dios para tal criatura. Poned al rey de las aves en una jaula, o cortadle sus alas, y ya no será libre. Pero ved el árbol; florece en el suelo y es libre precisamente cuando está plantado firmemente y es capaz de asentar sus raíces en la tierra. Arrancadlo, y ya no será libre nunca. Ahora bien, el hombre es una criatura moral, con una naturaleza racional. Y la ley de Dios, la voluntad viva de Dios, que está en armonía con la naturaleza del hombre, es que ame al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su mente, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y así vivir en la esfera de la comunión del pacto de Dios. Ese es el hombre libre: que tiene el derecho, es capaz, y quiere vivir en la esfera de ese amor.

Para el pecador esto significa que esa libertad consiste nada menos que ¡en libertad del pecado! Esta y no otra es la libertad que Cristo proclamó. Efectivamente, siempre fue radical en este asunto, insistiendo en que ninguna libertad es posible si no se es libre del pecado. No existe verdadera liberación de la pobreza o del temor, ni verdadera libertad de expresión o de religión, a menos que el pecador sea librado de las cadenas del pecado; porque “todo el que hace pecado, esclavo es del pecado” (Jn. 8:34). Y Cristo negó rotundamente que el hombre sea capaz de liberarse por sí mismo. Sólo lo será verdaderamente cuando él, el Hijo del Hombre, lo libere. Donde está el Espíritu del Señor hay libertad. Ahí es

únicamente donde existe. Fuera de la esfera de ese Espíritu sólo hay esclavitud.

Comprendamos esto claramente. El pecador es esclavo del pecado. lo cual supone, en primer lugar, que es culpable y está sentenciado a muerte espiritual de la que no tiene derecho a ser librado. Por consecuencia, toda su naturaleza se ha corrompido. Su mente se ha hecho tinieblas, su voluntad pervertida, y todas sus inclinaciones y deseos están degenerados por el pecado. Su motivación es la enemistad contra Dios, porque “los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Ro. 8:7). Esa es la miseria del hombre. Es esclavo del pecado no en el sentido de que el pecado sea una fuerza compulsiva de la que no puede librarse, de tal manera que peque en contra de su voluntad. Al contrario, es libre para pecar; y se deleita en el pecado. Está encadenado internamente; su voluntad está esclavizada. No quiere amar a Dios, no puede querer, es incapaz de desear y buscar lo que es bueno. El pecado es el poder que lo dirige desde dentro. Lo tiene entronizado en el corazón, de donde manan todos los aspectos de la vida. ¡Y bajo su dominio es acosado por el temor de la muerte todos sus días!

¿Qué, pues, hay que hacer para liberar a ese pecador? En primer lugar, es evidente que tiene que ser redimido. Siendo un esclavo legal del pecado, estando condenado a su yugo, es necesario pagar un precio por su libertad. Esto significa que su culpa tiene que ser expiada y completamente borrada, y debe ser declarado justo, digno de la libertad y la vida, en el tribunal de la justicia divina. La justicia de Dios contra el pecado tiene que quedar satisfecha por completo. El que pueda liberar al hombre, por lo tanto,

TODO EL QUE QUIERA

tiene que ser capaz de traer el perfecto sacrificio por el pecado, soportar la ira de Dios, y gustar todas las miserias de la muerte y el infierno, con perfecto amor de Dios. Tiene que entrar en la más profunda aflicción por causa de la justicia divina, y desde lo más hondo del infierno poder decir: “¡Te amo, oh mi Dios! ¡He venido para hacer tu voluntad! ¡Tu ley es mi delicia aun aquí!” Por tal acto de expiación obtendrá el derecho de liberar al pecador. Mas también tiene que liberarlo en la realidad práctica. Tiene que ser capaz de entrar en el mismísimo corazón del hombre, destronar el poder del pecado, sentarse él en el trono, cortar las cadenas del pecado, quitar la enemistad contra Dios, y llenar el corazón con un nuevo amor de Dios para que el pecador se arrepienta, aborrezca todo pecado y tenga nuevo deleite en la voluntad de Dios. Redimido de esta manera, y liberado de la esclavitud del pecado, entonces, y sólo entonces, el pecador es verdaderamente libre. Es libre su corazón, su voluntad y su mente; es libre de todo temor, de la pobreza y miseria, y puede en verdadera libertad adorar de nuevo al Señor su Dios y servirle solamente a él. ¡Cristo es ese Libertador! El no se limita a “proclamar” libertad; ni meramente nos “instruye” en el conocimiento de la misma; ni se queda sólo en “mostrar” el camino a ella. No. El, el Cristo de la Biblia, el hijo de Dios que vino en semejanza de carne de pecado, pero sin pecado, que murió en el Calvario y resucitó al tercer día, que ascendió a los cielos llevando cautiva la cautividad, y que tiene todo poder en el cielo y en la tierra, el Ungido, el Espíritu vivificante, tiene la prerrogativa de liberarnos y también el poder para hacerlo; y nos libera realmente del dominio del pecado y nos hace partícipes de la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

El puede pagar el precio de nuestra redención porque él mismo es eternamente libre. Es el verdadero Hijo de Dios, y el Hijo es libre incluso en nuestra carne. No tiene pecado ni mancha alguna. Ni siquiera había la posibilidad de que pecase, pues es libre en el más pleno sentido de la palabra. Amó al Padre con todo su ser; y libremente, por un acto de obediencia perfecta, motivado por el amor de Dios, descendió a las partes más bajas de la tierra, a lo más hondo del infierno, y se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz. Y en todos sus sufrimientos, agonías del infierno, desprecio y vergüenza, jamás estuvo en esclavitud. Siempre libre; siempre amando al Padre. Fue el siervo perfecto. Aun cuando se arrastraba en el polvo del huerto; aun cuando en el más tenebroso momento de su humillación, clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”, ¡aun entonces era libre y quería cumplir voluntariamente toda justicia y satisfacer la justicia de Dios contra el pecado!

¡Ese es el misterio de la cruz!

¡Por eso la palabra de la cruz es locura a los que se pierden! ¡Oh, qué diferente a los esfuerzos humanos para obtener la libertad es el plan de Cristo! El hombre busca poder, señales, sabiduría humana. Forma ejércitos poderosos, inventa instrumentos de destrucción, y desafía a la muerte para conseguir y defender su libertad. ¡Cristo peleó toda la batalla él solo! ¡Y cuán duramente luchó!. Vedle en el huerto consternado por la muerte. Ved al Libertador atado, rehusando el poder de la espada en su lucha. No protestó cuando lo maltrataban; no defendió su causa cuando lo acusaron; no abrió su boca cuando le condenaron a muerte; dio su espalda a los que azotaban; curó las heridas del enemigo. Se dejó cla-

TODO EL QUE QUIERA

var en la cruz. Cuando fue retado a que se librara a sí mismo y descendiera de la cruz, no replicó. ¡Oh grandeza! ¡Un Libertador que está atado y entregado al poder del enemigo!

Así tenía que ser. Su lucha no era contra carne y sangre, sino contra los poderes del demonio, el pecado y la muerte. La victoria solamente era posible por un acto perfecto de obediencia; la obediencia de amor y libertad verdadera, aun hasta la muerte. Y por esa obra obtuvo Cristo para nosotros el derecho a la perfecta libertad: libertad del pecado, de la ira de Dios y de la maldición de la ley; libertad para la justicia, vida y gloria eternas en la esfera del perfecto amor de Dios. Y habiendo obtenido la remisión de los pecados, la justicia perfecta y la prerrogativa para liberarnos, fue resucitado en gloria y exaltado a la diestra de Dios, investido con todo poder para llevar a cabo nuestra liberación del dominio del temor, de la miseria, del pecado y de la muerte.

¿Cómo participaremos de esa libertad que Cristo compró para nosotros? Sí, tenemos que ir a él como nuestro Libertador. ¡Todo el que quiera, puede venir! Nadie irá en vano. Los que acudan serán ciertamente liberados. Pero ¿cómo será esto? ¿Quiénes querrán ir para ser liberados por su gracia? ¿Será, quizás, que este Cristo está a la puerta de nuestra prisión de pecado y muerte, y desde ahí nos proclama que él tiene la prerrogativa y el poder de liberarnos, y que realmente quiere hacerlo, con tal que nosotros únicamente le abramos la puerta y le dejemos pasar? ¡De ninguna manera! ¿Ya hemos olvidado que la voluntad y el corazón del pecador son esclavos del pecado? Además, el pecador es un esclavo que quiere y se deleita en esa esclavitud. Por

nada quiere ser arrancado de ella. Jamás vendrá a Cristo para que lo libere. ¡Si Cristo tiene que esperar a que alguien le abra, entonces nadie será salvo nunca!

Mas ¡gracias a Dios! ¡Cristo es el primero! ¡El es el Espíritu que da vida! Y por ese Espíritu entra en nuestros corazones, y de una forma demasiado maravillosa para comprenderla, corta las cadenas de corrupción y libera el corazón, la voluntad y la mente por el poder de su gracia. Entonces llama. Llama a través del evangelio, es cierto, pero siempre es él mismo el que lo hace, y apela al corazón, la mente y la voluntad que han sido regenerados por su gracia. Entonces es cuando oyes su voz: “Ven a mí, y te haré libre”. Entonces es cuando ves tu esclavitud tal como es, y te arrepientes de tu pecado, y suspiras por liberación, y clamas: “¡Señor, sé propicio a mí, pecador!” ¡Ese es el grito de la libertad! Y corres a tu Libertador, y él te recibe y te hace partícipe, por la fe, de su justicia perfecta, y derrama en tu corazón el amor de Dios. Y desciende paz donde antes había temor; esperanza donde había terror; la enemistad se torna amor, la muerte en vida, el infierno en gloria celestial. ¡Has sido liberado para siempre! Y ahora miras en el gozo de la esperanza la consumación final de la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

7

A LA LUZ

Yo soy la luz del mundo. (Jn. 8:12)

En la misma fiesta de los tabernáculos en Jerusalén, donde nuestro Salvador se presentó a sí mismo como el agua de vida, invitando a los hombres a venir a él y beber; donde se proclamó como el Hijo que haría a los hombres verdaderamente libres; allí también se presentó como la luz del mundo. “Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12). ¡Osada declaración, sin duda! No es extraño que la gente quedara asombrada de su doctrina y confesaran que él no hablaba como los escribas y fariseos, sino con autoridad. Una persona muy atrevida podrá decir, a lo sumo, que es capaz de traer alguna luz en la oscuridad de este mundo, o que puede indicar dónde está la luz. Pero el Señor no dice que puede dar alguna luz, o que puede instruir a la gente para que se ilumine a sí misma, sino que él ES la luz. Y no proclama que él sea “una” luz entre otras, sino que él es LA luz, la única luz, fuera de la cual sólo hay tinieblas. Insistió, además, que no era la luz solamente para algunos departamentos o esferas de la vida, sino la luz del mundo en su totalidad. Y promete incondicionalmente a los que le sigan que no andarán en tinieblas, mas tendrán la luz de la vida. Es claro, pues, que cualquiera que pudiese venir a Jesús, tendría que lle-

gar a él y seguirle como la luz del mundo. Así que la voluntad para venir al Salvador está motivada por el fuerte deseo y anhelo de venir a la luz.

La Escritura habla a menudo de Cristo como la luz. En Juan 1:49, leemos: “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera que alumbra a todo hombre venía a este mundo”. Y en Juan 3:19-21, se dice: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios”. Y otra vez: “Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Jn. 12:46).

Varios elementos llaman nuestra atención en esos pasajes. Primero, es evi-

TODO EL QUE QUIERA

dente que enseñan que el mundo está en tinieblas, con independencia del significado que pueda tener esa palabra figurativa. Segundo, insisten en que Cristo es la única luz capaz de disipar esas tinieblas del mundo. En tercer lugar, representan a los hombres en sí mismos amando más las tinieblas que la luz, por lo cual no quieren venir a Cristo como la luz. Cuarto, este mismo hecho, el que la luz haya venido al mundo y los hombres amen más las tinieblas que esa luz, es su condenación, quedando expuestos y juzgados por la luz como amadores de las tinieblas. Y, finalmente, nos enseñan que sólo los hacedores de la verdad vienen a la luz.

Tenemos, por lo tanto, que intentar comprender lo que implica la “luz” como figura bíblica y “tinieblas” como su antítesis. Pues entendemos que cuando el Señor se anuncia como la luz del mundo, está usando un lenguaje figurado. Una figura bella y rica, sin duda. En la naturaleza la luz física, que Dios trajo a la existencia el primer día de la creación, es sin duda la condición indispensable para la existencia, el movimiento y la vida de todo lo que vino después. La luz es movimiento, vibración, calor, comunión, revelación, y vida en sí misma. Cuando en la Escritura se usa en sentido espiritual, tiene un significado muy rico. Denota perfección ética, espiritual y vida. Que esto es así lo demuestran los pasajes donde la figura es empleada, al igual que por el uso de las “tinieblas” como figura opuesta. Cuando el apóstol Juan escribe que “Dios es luz, y no hay tinieblas en él”, no expresa simplemente que en Dios hay conocimiento; y que se conoce a sí propio con un conocimiento perfecto e infinito, sin quedar nada suyo oculto, sino que nos está diciendo que Dios es la presuposición necesaria de todas las perfecciones. Es bondad infinita, y no hay mal en él. Es

Santo, y no puede tener corrupción en absoluto. Es rectitud, justicia, verdad, sabiduría, conocimiento, amor y vida. Y en la perfección de esta luz, el Dios Trino vive una vida perfecta de amistad y comunión, del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. La luz, pues, denota todas las perfecciones éticas de la bondad, la santidad, la justicia, la sabiduría y el conocimiento; mientras que las tinieblas implican precisamente lo opuesto: corrupción, impureza, iniquidad, mal, injusticia, mentira, pecado y muerte. “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1ª Jn. 1:6,7). La luz es la verdad, las tinieblas son la mentira; la una es amor de Dios, la otra es enemistad contra él; la luz es rectitud, pureza, santidad y consagración a Dios; las tinieblas son corrupción, profanación y rebeldía; una es sabiduría, la otra necedad; la luz es vida en comunión con Dios, las tinieblas son la muerte, la desolación del ser que está abandonado en la ira de Dios.

Cuando nuestro Señor se anuncia como la luz del mundo, es evidente que está hablando del mundo de los hombres, de la raza humana en su totalidad. Y está claro que define a este mundo como estando en tinieblas fuera de él. Lo cual queda confirmado por otros muchos pasajes de la Escritura. El apóstol Pablo escribe que nosotros en otro tiempo éramos tinieblas, pero ahora somos luz en el Señor (Ef. 5:8); también habla de los “gobernadores de las tinieblas de este mundo” (Ef. 6:12). Los que han sido trasladados al reino del Hijo de Dios, han sido liberados del poder de las tinieblas

TODO EL QUE QUIERA

(Col. 1:13); y han sido llamados de las tinieblas a su luz admirable (1ª P. 2:9).

Es cierto que esto no supone una evaluación muy elogiosa del mundo y de lo que son los hombres por naturaleza. Y los que proclamen de una forma consistente esta verdad, deben esperar mucha oposición. Mirándolo superficialmente podría parecer, incluso, un juicio demasiado riguroso y radical afirmar que el mundo en su totalidad está en tinieblas. ¿Dónde se dejan sus civilizaciones, sus inventos y progresos, su ciencia, su filosofía, su cultura y su arte? ¿Lo condenaremos todo como tinieblas? ¿Cómo explicar las grandes obras del hombre, si todo está bajo el dominio de las tinieblas, la mentira y la corrupción? ¿No existe en este mundo suficiente rectitud y justicia, amor y caridad, nobleza y autosacrificio, verdad y honor? Aun cuando se esté de acuerdo en que algo anda mal, y que hay bastante corrupción y tinieblas entre los hombres, ¿no es un juicio demasiado duro y radical decir que los hombres sólo son tinieblas, y que, aparte de Cristo, no hay luz en absoluto? ¿No es eso un juicio demasiado severo sobre nuestro mundo moderno?

Sin embargo, tal es exactamente el veredicto de la Escritura. Y, a menos que lo aceptemos, nunca iremos al Cristo de la Biblia.

Tenemos que intentar comprender esta verdad. Dios creó al hombre en la luz y lo revistió con muchos dones excelentes. Recibió la luz de la visión de los ojos para que pudiera percibir el mundo a su alrededor. Se le dio la luz del entendimiento para poder comprenderse y conocerse a sí mismo como la obra de Dios. Fue creado con la luz espiritual del amor de Dios para que pudiera conocerle

correctamente, consagrarse con todo su ser, caminar delante de él en justicia, y vivir en la comunión de la amistad con su Creador: el siempre bendito Dios. Tenía la luz de la vida; creado a imagen de Dios. Sirviéndole, caminaba en la luz. Pero él mismo se precipitó en las tinieblas. En desobediencia voluntaria, rechazó la Palabra de Dios y aceptó y siguió la mentira del diablo. Por lo cual se convirtió en culpable, digno de muerte, y objeto de la ira de Dios. Al haberse separado de la comunión con Dios, su entendimiento se convirtió en tinieblas, y así amó la mentira; su voluntad se pervirtió; ahora el hombre es rebelde y con el corazón endurecido, corrupto y depravado en todos sus deseos. Esas son sus tinieblas. Se extinguió la luz de la imagen de Dios, y en su lugar toda su naturaleza se desarrolló en las tinieblas de la ignorancia y la necedad, la injusticia y la falta de santidad. Su amor a Dios se tornó en enemistad. Y convertido así en tinieblas, en ellas caminó para siempre.

Es verdad que en el hombre aún queda el remanente de la luz natural; todavía es una criatura moral y racional. Por esta luz se llevan a cabo esas grandes obras de cultura y civilización que realiza el hombre natural. En esa luz también conoce que hay Dios y que se le debe adorar, glorificar y servir. Por ella discierne la diferencia entre el bien y el mal, y comprende que la ley de Dios es buena para él y que violarla significa perdición y muerte. De ahí que trate de adaptar externamente su vida a esa ley, y hable de rectitud y justicia, de verdad y honestidad. Pero, aun así, ama las tinieblas y en ellas camina. “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios,

TODO EL QUE QUIERA

se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles” (Ro. 1:21-23). “Todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Ro. 3: 9-18). Eso es el hombre ahora; y esto es verdad de cada uno en particular. Verdad que se hace patente en nuestro mundo moderno de muerte y destrucción, de aborrecimiento y codicia, de adulterio y concupiscencia. En lo que respecta al hombre, esta situación no tiene salida en absoluto. Ni la educación y las reformas, ni la cultura y la civilización, ni la filosofía o la ciencia, pueden sacar de las tinieblas al hombre. Todas estas cosas se mueven precisamente dentro de la esfera de las tinieblas y están al servicio del pecado y la corrupción. Su fin inevitable es la muerte y desolación eternas.

Cristo es la luz capaz de vencer y disipar las tinieblas. El es la luz del mundo, no porque sea el más grande reformador, educador, moralista, creador de carácter, científico o filósofo que jamás haya existido; ni porque hiciera más que ningún otro por salvar nuestra civilización; ni porque fuera un gran genio religioso con la más profunda consciencia de Dios. Todas estas modernas distorsiones de Cristo lo que hacen es ponerlo al nivel de nuestras tinieblas. Pero él es de

arriba. Es el Hijo de Dios, coeterno con el Padre y el Espíritu Santo, Dios de Dios, Luz de Luz, que vino en carne, Emanuel, Dios con nosotros. Él tiene luz en sí mismo, y como tal entró en nuestro mundo de tinieblas, penetrando aun en sus partes más profundas. Porque él tomó nuestros pecados sobre sí y sufrió en nuestro lugar la ira de Dios; y con la carga de nuestros pecados sobre sus poderosos hombros, descendió a la oscura morada de la muerte y el infierno, y en la perfecta obediencia de amor, ofreció el sacrificio que logró la justicia eterna para nosotros. Y así rompió las tinieblas de la muerte en la luz de su gloriosa resurrección. Y, como la luz del mundo, ascendió a lo alto, y recibió la promesa del Espíritu para, por él, disipar las tinieblas del pecado y de la muerte, y traer la luz del glorioso evangelio de Dios, la luz de la justicia y la vida, de la esperanza y el gozo eterno, a brillar en nuestros corazones. De este modo se cumplió lo profetizado en días antiguos: “El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció” (Mt. 4:16).

Cuando la luz del mundo brilla en nuestros corazones, entonces somos librados del poder de las tinieblas, somos llamados de las tinieblas a la luz admirable de Dios, y se cumple en nosotros lo que el apóstol escribe en Efesios 5:8: “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor”. Ahora el creyente es en esencia una nueva criatura, un hijo de luz. Las cosas viejas del pecado y de la muerte, de la iniquidad, la corrupción, la enemistad contra Dios y el aborrecimiento de unos contra otros, han pasado; he aquí todo es hecho nuevo. Guiado por la luz, la sigue y camina en ella; se arrepiente del pecado, anhela la justicia, tiene un nuevo gozo en Dios y encuentra que

TODO EL QUE QUIERA

en guardar sus preceptos hay gran galardón. Pelea la buena batalla de la fe, y representa la causa del Hijo de Dios en este mundo. Echa de sí continuamente al viejo hombre y se reviste del nuevo, creado según Dios en la justicia y verdadera santidad. Reflejando la luz del Hijo de Dios, también él es luz del mundo, y brilla para que los hombres vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en los cielos. ¡Y mira hacia el día perfecto, cuando sea completamente librado de todos los restos de tinieblas y camine en la luz de Dios y del Cordero para siempre!

Todo el que quiera, puede venir a Cristo como la luz del mundo, puede seguirle, y con toda seguridad experimentará la verdad de su Palabra: “El que me sigue, no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”.

Pero ¿cómo vendrá a la luz alguien que está en tinieblas? ¿Cómo vendrá a Cristo y le seguirá el pecador que ama más las tinieblas que la luz? Esto es imposible; nunca ocurrirá. Sin embargo, esa es exactamente la distorsión del evangelio que hoy están anunciando muchos. Según ellos, las tinieblas tienen que venir a la luz para ser disipadas. Muchos predicadores exhiben a Cristo, la luz del mundo, delante de los pecadores que están en tinieblas, como si Cristo quisiera iluminarlos con la luz de la vida, con tal, únicamente, que le dejen brillar en sus corazones. Mas si ellos no quieren, entonces la luz del mundo no puede penetrar para disipar sus tinieblas. ¡Han dado la vuelta al evangelio! ¡Están predicando unas tinieblas que son poderosas y prevalecen; y una luz que no sirve para nada!

Pero, gracias a Dios, la luz del mundo no depende para brillar de la con-

descendencia y buena disposición de las tinieblas. Es una luz soberana. No depende de la voluntad del pecador. Es irresistible. No está sujeta al pordioseo, estrategias, distorsiones y chalanerías de los modernos vendedores de Jesús, sino que envía sus penetrantes rayos allí donde le place. Las tinieblas no vienen a la luz, pero la luz brilla en las tinieblas por el Espíritu de gracia; las descubre y expone, convence de pecado y atrae al pecador a la luz de la vida. Entonces el pecador viene, y sigue; y nunca más vuelve al poder de las tinieblas. La luz continúa por siempre brillando y guiándole, hasta que, finalmente, entra en la ciudad que está iluminada por la gloria de Dios, y cuya luz es el Cordero. ¡Allí verá cara a cara y conocerá como es conocido!

8

A LA RESURRECCIÓN

Yo soy la resurrección y la vida. (Jn. 11:25)

La salvación es resurrección de entre los muertos. Esta declaración no debe entenderse como referida sólo a la postrera resurrección del cuerpo en gloria, a la que miramos los creyentes como la consumación final de nuestra esperanza, sino a la salvación en su totalidad. La salvación, que es la herencia de los creyentes por la fe en Cristo aquí en el mundo, es también realmente una resurrección de los muertos. Quien es salvo por la fe, es levantado de la muerte, y esta resurrección será completada en el día de Cristo, cuando esto mortal se vista de inmortalidad y sea destruido el último enemigo.

Que esto es verdad se puede demostrar fácilmente por la Escritura. Cristo Jesús es la revelación del Dios de nuestra salvación que da vida a los muertos. En la creación se revela a sí mismo como aquel que llama a las cosas que no son como si fueran. Dios es conocido en Cristo como aquel que resucita a los muertos (Ro. 4:17). Así que “si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Ro. 10:9). Dios resucitó a Cristo de los muertos, sentándole a su diestra en los lugares celestiales, y mostró la supereminente grandeza de su poder para con nosotros

los que creemos (Ef. 1:19,20). También ahora es verdad que “Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo” (Ef. 5:4-6). “Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo” (Ef. 5:14). Y el Señor declara: “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán” (Jn. 5:25).

Cristo se nos presenta en los evangelios como la resurrección. Como tal se revela a través de todas las grandes señales y maravillas que realizó, curando a los enfermos, abriendo los ojos de los ciegos, dando oídos a los sordos, haciendo saltar de gozo a los cojos, y, de manera muy especial, por las resurrecciones que llevó a cabo, particularmente la de Lázaro. No obstante, esas acciones fueron sólo signos, y tuvieron pleno cumplimiento cuando Cristo rompió los lazos de la muerte y el infierno, y apareció en gloria, victorioso sobre todos los poderes del sepulcro y la corrupción. Entonces se cumplió la palabra que le dijo a Marta, la hermana de Lázaro: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto,

TODO EL QUE QUIERA

vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Jn. 11:25,26).

Esta verdad de que la salvación es resurrección de los muertos, y esto a través de Cristo que es la Resurrección-, tiene una gran importancia para la adecuada comprensión del tema general “todo el que quiera, puede venir”, que estamos tratando. Nos será de gran ayuda para encontrar la respuesta correcta a la cuestión de si el pecador tiene de él mismo el querer para venir a Jesús. Pues esta verdad nos muestra una triple implicación que debemos señalar brevemente. En primer lugar, si la salvación es precisamente resurrección de la muerte, es evidente que el pecador antes de ser salvo está realmente bajo el poder de la muerte. Segundo, deberemos considerar qué significa el que Cristo sea la resurrección. Y, finalmente, está claro que el pecador muerto tiene que ser puesto en contacto con el Cristo vivo, la resurrección, para que pueda ser salvo.

Ya hemos dicho que el pecador sin Cristo está muerto. Lo cual no es sólo la presuposición lógica del hecho de que la salvación sea resurrección de la muerte, sino también la enseñanza expresa de toda la Escritura. La sentencia de Dios sobre el pecador es: “El día que comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2:17). Sentencia que se cumplió literalmente en el acto, de manera que ahora el hombre natural está muerto en delitos y pecados (Ef.2:1).

¿Qué significa que el pecador está muerto? ¿Cuál es esa muerte bajo cuyo poder está sujeto, y de la que, por sí mismo, nunca podrá librarse? La muerte no significa aniquilación. Ni es un estado de vida inconsciente. Más bien es un estado de corrupción, sufrimiento y mise-

ria bajo la justicia vindicativa y la ira terrible de Dios. Es algo que afecta a todo nuestro ser. En un sentido espiritual, la muerte es la corrupción del alma y del espíritu, de tal manera que todos sus poderes obran en oposición a Dios. En esa muerte el entendimiento del hombre está entenebrecido, por lo que realmente no conoce lo que es bueno, sino que ama la mentira, estando totalmente privado de la verdadera sabidurías. Su voluntad está pervertida, por lo cual no desea, ni puede desear, ni elegir la verdadera justicia y santidad en el amor de Dios. Todas sus inclinaciones son impuras y profanas, codiciando solamente la iniquidad. En la muerte, el corazón del hombre, de donde manan todas las expresiones de la vida, en vez de estar lleno con el amor de Dios, está motivado por la enemistad contra él. Tal es, y no otro, el estado del hombre natural fuera de Cristo. El hombre es carnal. Su naturaleza es según la carne; y “los que son de la carne piensan en las cosas de la carne ... porque el ocuparse de la carne es muerte ... por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Ro. 8:57) En el sentido físico, la muerte es la corrupción y desintegración del organismo corporal. También a esta clase de muerte fue entregado el hombre inmediatamente a la caída. El poder de la muerte opera en sus miembros, mostrándose en muchas enfermedades y defectos del cuerpo, llevándolo, finalmente, al lugar de la corrupción completa. Con idéntica certeza se sumergió en la muerte eterna: ese estado de desolación total del alma y del cuerpo en el infierno, porque allí lo redujo inexorablemente la ira de Dios, y jamás saldrá.

Es importante que tengamos en cuenta que ese estado de muerte en el que se sumergió el hombre a sí mismo

TODO EL QUE QUIERA

por su desobediencia voluntaria es un estado legal, es decir, es una retribución, un castigo, y supone la ejecución de una sentencia divina de muerte. Para el hombre no es algo “natural” estar muerto. Tampoco se trata de un simple resultado natural y mecánico del pecado. Es cierto que la paga del pecado es la muerte, pero sólo porque la justicia divina así lo ha establecido. Es Dios quien da la muerte. El pecado es transgresión de su ley. Es rebelión. Es un mal ético. Es rebelión contra el Dios vivo. Y este Dios es bueno y justo. No puede tolerar que una criatura niegue su bondad impunemente. Frente al pecador que se aparta y le levanta su puño rebelde, él se mantiene en toda la gloria de su bondad, su perfección divina, su rectitud y justicia, su verdad y santidad. Le demuestra al pecador su perfección inmutable haciéndole miserable en grado indecible al experimentar que no hay vida ni gozo fuera de Dios. Persigue al pecador en todo lugar, hasta hundirlo en la desolación eterna. Dios es el terror del transgresor. Dios está contra él, y le hace experimentar su terrible y santa ira. Sí; ese Dios del cual el pecador jamás puede escapar, del que no puede ocultarse en toda la creación, con el que, aunque en su necedad niegue su existencia, se encuentra a cada paso, y con el que tendrá que vérselas por los siglos de los siglos.

¡Eso es la muerte!

Mas ¡Cristo es la resurrección! Lo que significa que tiene el poder de vencer y destruir por completo nuestra muerte. Y como la causa de nuestra muerte es la ira santa y justa de Dios, esto implica que Cristo es el poder por el cual somos sacados fuera del estado del furor divino y la ira consumidora, bajo el que perecíamos, a un estado de favor y gracia con el Dios vivo. Y así como la base de la ira de Dios,

que está contra nosotros y nos persigue hasta la muerte, es nuestro pecado y nuestra culpabilidad, así la verdad de que Cristo es la resurrección significa que él es quien borra nuestra transgresión y cancela el registro de nuestro pecado, y que es nuestra perfecta y eterna justicia con Dios. Cristo es nuestra resurrección porque quita la causa de nuestra miseria y muerte eterna, esto es, el pecado. Y vistiéndonos con una justicia perfecta, nos hace objetos adecuados del bendito favor de Dios. ¡Y así como la ira de Dios es muerte, su favor es vida!

Que Cristo es la resurrección significa aún más que esto. Significa que es el poder vivificante, y que en él hay vida frente a la muerte. La vida es la acción y operación de todo nuestro ser: del cuerpo y el alma, del corazón y la mente, la voluntad y todos nuestros deseos, en armonía con Dios. Justo como la muerte es enemistad contra Dios, la vida consiste en amarle con todo nuestro corazón, mente y alma, y todas nuestras fuerzas. La muerte es tinieblas; la vida es luz. La muerte es necedad, ignorancia y mentira; la vida es verdadera sabiduría, conocimiento de Dios y verdad. La muerte es perversión de la voluntad; la vida es armonía de la voluntad humana con la de Dios. La muerte es corrupción, impureza y contaminación de todos nuestros deseos; la vida es pureza de corazón y anhelo del Dios vivo. La muerte es estar abandonado de Dios en su ira; la vida es la más íntima comunión con él en su bendito favor. La muerte es miseria y desolación indecibles; la vida es el más puro gozo y felicidad. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3). ¡Cristo es esa vida de entre la muerte! Él es la luz de entre las tinieblas, justicia de entre la injusticia, verdad

TODO EL QUE QUIERA

frente a la mentira, conocimiento de Dios frente a ignorancia, sabiduría frente a necedad, gloria frente a la vergüenza, esperanza frente a la desesperación, gozo frente a la miseria, cielo frente al infierno. ¡El es la resurrección y la vida!

Todavía es necesario hacer una observación más en conexión con Cristo como la Resurrección. La resurrección no es la simple vuelta a un estado anterior, sino pasar a través de la muerte a una vida mucho más abundante que jamás antes se haya conocido. Es, en primer lugar, entrar en una vida totalmente victoriosa, donde se está para siempre libre de la muerte. En el primer Adán había una vida que podía perderse. El era mortal. En el último Adán hay una vida que es la victoria sobre la muerte y no puede perderse nunca. La muerte ya no tiene más dominio sobre él. El que es la Resurrección y la Vida no será afectado jamás por la sombra de la muerte. Y, en segundo lugar, la vida de la resurrección es celestial: la más alta realización posible de la bendita comunión con Dios, un verle cara a cara, y conocer como somos conocidos en el tabernáculo celestial de Dios. ¡Que Cristo es la resurrección significa que él nos saca de lo profundo del infierno a la gloria celestial!

Pero tengamos mucho cuidado. Sólo el Cristo de la Escritura es la resurrección. ¡Ningún otro! ¡Qué miserables sustitutos ofrece el modernismo! ¡Qué absolutamente privados de poder están para salvar de la muerte! ¿De qué le vale al que está muerto un Cristo también muerto? ¿De qué le sirve al pecador que está muerto, un excelente maestro, un buen ejemplo, un hombre de principios, en fin, un "Cristo" por el cual poder construir un mundo mejor para vivir? ¡El Cristo de la Escritura es la resurrección!

Es el primero en todo porque es el verdadero Hijo de Dios, coeterno con el Padre y el Espíritu Santo. Desde la eternidad hasta la eternidad, él es Dios. Y como tal Hijo eterno, es vida, y tiene vida en sí mismo. A Marta le dijo: "Yo soy la resurrección y la vida". Y a los judíos en Jerusalén les dijo en otra ocasión: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo" (Jn. 5:26). Exactamente porque él es la vida y tiene vida en sí mismo, puede ser la resurrección. Y lo es realmente; pues entró en nuestra más profunda muerte y la destruyó para siempre. Porque fue ordenado desde antes de la fundación del mundo para ser Cabeza de su Iglesia; y como tal se hizo carne, y se unió con nosotros, para gustar la muerte en nuestro lugar. Tomó nuestros pecados sobre sí mismo. Llevó todo el peso de nuestra iniquidad, y con la carga de nuestros pecados sobre sus hombros poderosos, descendió a las tinieblas de la muerte, soportó la ira de Dios en perfecta obediencia, borró nuestra culpa y nos obtuvo justicia eterna. Así peleó la batalla contra la muerte y venció al enemigo. Siendo la vida, y teniéndola en sí mismo era imposible que la muerte lo retuviera. Rompió sus cadenas y se levantó a la vida inmortal. Pero aún hay más. Porque él ascendió a lo alto y recibió la promesa del Espíritu Santo, hecho de esta manera el Espíritu vivificante para que pudiera ser la resurrección para todos los suyos. Así el Hijo de Dios, que era vida en sí mismo, vino en semejanza de carne de pecado, quitó la causa de nuestra muerte y miseria eternas, fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación; por todo ello es la verdadera resurrección ¡por quien podemos ser vivificados y pasar de la muerte a la vida eterna!

TODO EL QUE QUIERA

Queda claro, pues, que tenemos que ir a Jesús, que es la resurrección y la vida. Fuera de él sólo hay muerte. En él se encuentra la vida de entre los muertos. Es evidente, por lo tanto, que para ser salvos debemos tener contacto, un contacto vivo, con Cristo, para que el poder de su vida gloriosa destruya en nosotros el dominio de la muerte, y pasemos de muerte a vida. Porque, como le dijo a Marta cuando iba a llamar a Lázaro del sepulcro: “El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente”. Sí, para obtener vida eterna, tenemos que ir a Jesús.

También ahora “todo el que quiera, puede venir”. Así es. Ya lo hemos dicho; no hay excepción. Si vienes a Cristo como la resurrección y la vida, nunca serás avergonzado. ¡Nadie viene, o vendrá, a él, que no reciba justificación y vida!

Pero otra vez tenemos que preguntarnos: ¿Cómo iremos a Jesús? ¿Cómo iremos a la resurrección? ¿Cómo buscarán y establecerán contacto con ese poder de vida los pecadores que están muertos en sí mismos? ¿Enviaremos predicadores que les proclamen que Cristo es la resurrección, y que está deseando impartirles su vida, y que los está esperando rogándoles encarecidamente que vengan a él, y que se encuentra sumamente atento para ver la mínima señal por parte del pecador que posibilite a Cristo acudir y darle vida? ¿Les diremos que Cristo no puede hacer nada más, y que si los muertos no van a él, la Resurrección nunca podrá acudir a ellos? ¿Persuadiremos al muerto para que actúe antes de que sea demasiado tarde? Pues ese es sustancialmente el evangelio, o más bien la corrupción del evangelio, que se anuncia por todas partes en nues-

tros días. ¿Habrá algo más absurdo? ¡Ese pretendido evangelio es una imposibilidad total! ¡Eso es como decir que en el día de la resurrección final, Cristo enviará a algunos de estos llamados “evangelistas” para que convenzan y persuadan a los muertos para que salgan de sus tumbas y así puedan ser glorificados! En el fondo, esta perversión del verdadero evangelio lo que hace es negar que el hombre esté realmente muerto y que Cristo sea la resurrección. Le están predicando al muerto que él tiene más poder que la resurrección, que la muerte es más poderosa que la vida, ¡pues es una resurrección que no sirve a menos que el muerto dé su consentimiento!

Mas ¡gracias a Dios otra vez!, la acción vivificadora procede libre y soberanamente de la resurrección. ¡Cristo es primero! ¡“Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán”! Recuérdalo bien; es la voz poderosa del Hijo de Dios la que habla. Él llama, y ¿quién se resistirá? Su poderosa Palabra es vivificadora, que resucita a los muertos. La resurrección viene al muerto antes que el muerto a la resurrección. Y cuando éste ha sido vivificado, despertado de su sueño de muerte, entonces viene, humilde y voluntariamente, por la acción del don de la fe que le ha dado Dios, y conscientemente toma de Cristo la justicia y la vida eterna. ¡Y ahora espera el día cuando oirá de nuevo su voz, llamándole del polvo de la tierra a la gloria de la resurrección final!

9

EL ACTO DE VENIR

Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y el que a mí viene, no le echo fuera. (Jn. 6:37)

Respecto a que *todo el que quiera, puede venir*, ya hemos contestado a la pregunta de ¿a quién tenemos que ir?, diciendo que es a Jesús. Analizando las implicaciones de esta respuesta, encontramos que las Escrituras nos presentan a Jesús como la revelación del Dios de nuestra salvación; como el Dador-de-descanso; el Agua y el Pan de vida; el Libertador; la Luz del mundo; y la Resurrección y la vida. Querer venir a él, por lo tanto, tendría que estar motivado por el deseo de llegar a Dios, el anhelo de encontrar reposo, el hambre y la sed de justicia, el suspirar por la verdadera libertad, el amor a la luz, y el deseo más ardiente de ser liberados de la muerte y vivificados a una nueva vida.

Con todo esto, ¿qué significa venir a Jesús? Estamos tan acostumbrados a oír esa frase que seguramente se considerará superfluo ocuparse en aclarar su significado. Sin embargo, es de la mayor importancia que tratemos esta cuestión. Antes que una persona pueda prestar oído al llamamiento de venir a Jesús, y para que pueda estar segura de que realmente ha obedecido, primero se requiere que tenga el suficiente conocimiento de lo que ello implica. Está claro que la frase “venir a Jesús” es algo figurativo. En un sentido físico, nadie puede ir a Cristo. Cuando

estuvo en la tierra y predicaba en las ciudades y pueblos de Canaán, entonces era factible cumplir literalmente el llamamiento de venir a él; se le podía hablar, acercarse y tocarle. Pero, incluso entonces, si alguien hubiera entendido el llamamiento en ese sentido material, es evidente que el Señor le habría enseñado que tal acción no tenía valor, pues se trataba de ir a él en sentido espiritual; lo que, para poder cumplirse plenamente, requería primero que él pasase por la muerte y la resurrección para así volver en el Espíritu y ser el pan de vida para todos los que vengan a él. A la multitud que sólo buscaba el pan terreno y murmuraba ante las palabras de Cristo: que debían comer su carne y beber su sangre para tener vida verdadera; le dijo: “¿Esto os ofende? ¿Pues qué, si viéreis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero? El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha” (Jn. 6:61-63). De manera que venir a Jesús es un acercarse espiritual a Cristo, el Hijo de Dios hecho carne, crucificado y muerto, resucitado al tercer día, y exaltado en los cielos, tal como está revelado en el evangelio.

Bien podemos, pues, pararnos un momento para considerar lo que supone este acto de venir a Jesús. ¿Qué implica este acercarse espiritual al Cristo de la

TODO EL QUE QUIERA

Escritura? ¿Qué hacemos cuando vamos a Jesús? ¿Cómo es posible para un pecador ir a Cristo?

Investigar lo que significa venir a Cristo se hace doblemente urgente, debido a que el Jesús que anuncian muchos de los modernos autotitulados evangelistas y avivacionistas no es más que un abominable travestido. Y ya es tiempo de que la Iglesia, que tiene la custodia del evangelio, y a la única que se le ha encargado la predicación de la Palabra, levante su voz contra esta venta de Jesús y su presentación como un artículo religioso de saldo y rebajado, que puede ser adquirido o dejado por decisión del pecador. Venir a Jesús es, según una frase muy común, “aceptarlo como nuestro salvador personal”. A la que nada tendríamos que oponer, si no fuera por las tergiversaciones conectadas a dicha frase. Todo el énfasis recae sobre la palabra *aceptar*. Hay que aceptar a Jesús, eso es todo; y cada pecador tiene el poder para hacerlo. Todo depende de esa aceptación. El Salvador está obligado a esperar este acto por parte del pecador. La aceptación es la señal que se le tiene que dar a Cristo para que pueda ir al pecador y salvarle. Es el acto por el cual el pecador abre la puerta de su corazón a un Cristo -que está fuera llamando-, pero que es incapaz de entrar a menos que el pecador se lo permita. ¡Oh! Sí. Se dice que la salvación es por gracia; incluso algunos de estos mercachifles de la salvación se atreven a parlotear sobre la gracia soberana. Pero la presentan como una gracia tan desvirtuada y parálitica que no sirve para nada si el pecador no consiente su acción salvadora.

Esto da lugar a todos los errores que el arminianismo ostenta diariamente en los púlpitos y en la calle. Todo el énfasis lo recibe el poder del pecador para acep-

tar o rechazar a Cristo, y el resultado es que el acto mismo de venir a Cristo se presenta como algo simple y natural. Todo lo que se requiere del pecador es que levante la mano, o que pase al frente, o que se ponga de rodillas y repita las palabras que el predicador recita por la radio: “Acepto a Jesús como mi salvador personal”, y el asunto queda despachado. Con hacer eso solamente, entonces el Espíritu Santo vendrá al corazón del pecador y lo hará un hijo de Dios nacido de nuevo. Y, claro está, al ver que la cosa es tan natural, y que se encuentra en el poder de cada pecador el aceptar a Cristo, es lógico que se empleen métodos también muy *naturales* para persuadirle a que dé el paso de dejar entrar a Cristo en su corazón. De ahí los llamamientos sensacionalistas a pasar al frente con los que concluyen los sermones de estos predicadores que, ausentes de una predicación expositiva, pueden decir lo que mejor les parece. Se pone en juego todo lo que está calculado para levantar las emociones humanas. El sentimentalismo ocupa el lugar de la sana predicación de la Palabra. Se le pide a la asamblea que incline la cabeza en oración silenciosa; el órgano suena plácido; el coro puede entonar suavemente: “Cuán tiernamente nos está llamando”, o: “Tal como soy, sin una sola excusa”. Mientras tanto, el predicador invita y ruega, y con su voz llena de emoción pide a los pecadores que levanten la mano, que pasen al frente, que dejen entrar a Jesús en sus corazones y lo acepten como su Salvador personal. Les habla de un Dios que está suplicando el privilegio de entrar en sus corazones, y de un Espíritu Santo que está deseoso de hacerlos hijos de Dios; y, por contra, presenta al pecador como el sujeto de quien depende la vida y la muerte, el cielo y el infierno, y todo lo que tenga que ver con la salvación, ¡hasta la propia gloria de

TODO EL QUE QUIERA

Dios en Cristo! No debe sorprendernos que el resultado sea tan “natural” como los métodos empleados. En lugar del nuevo nacimiento, sólo se suscitan emociones; alguna que otra lágrima de auto-compasión sustituye al verdadero arrepentimiento, ¡y a una mera excitación del ánimo se le llama gozo en Cristo!

El resultado de esto es que las iglesias construidas sobre ese inestable fundamento del emocionalismo, necesitan constantemente más y más incitación emocional para sostenerse y mantener llenos sus locales. Los predicadores anuncian los temas de predicación más extravagantes y pintorescos para atraer a la gente. Además, ocurre que tienen necesidad de avivamientos periódicos; para lo cual contratan algún “evangelista” sensacionalista, hombre o mujer, al que anuncian en los medios de comunicación prometiendo especiales emociones y estímulos extraordinarios. Luego se dice que tales campañas han sido un éxito, y que cientos y miles de almas se han convertido por estos evangelistas. Lo que, por otra parte, es muy cierto, como los frutos lo demuestran con el tiempo, pues realmente fueron convertidos por el predicador pero no por el Espíritu de Cristo.

Yo levanto mi más completa y enérgica protesta contra este mal del sentimentalismo y el decisionismo. Nada de eso se ve en la predicación de Cristo y de los apóstoles. Y emplazo a la Iglesia a volver a una sana predicación y doctrina, a instruir a los jóvenes y a los mayores en la verdad del evangelio, y a predicar un Cristo poderoso y un pobre e inútil pecador, un pecador que puede venir a Cristo sólo por el poder de su Espíritu y su gracia. Por esa predicación reunirá Cristo a su Iglesia, y los pecadores serán salvos y

crecerán en el conocimiento y la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué es, pues, venir a Cristo? Se trata de algo espiritual; no consiste en un mero acto natural. Es un acto que procede del corazón -de donde mana la vida-, no de las emociones superficiales y cambiantes. Es un acto del hombre completo: corazón, mente, voluntad, deseos y fuerzas. A Cristo se viene con todo esto, en plenitud. Y no es el acto del hombre natural, sino del espiritual; del que está cargado y trabajado con el pecado y busca descanso; del que tiene hambre y sed de justicia y busca el pan que no perece y el agua de vida; del que deplora sus tinieblas y busca la luz; del que clama por resurrección desde las profundidades de la muerte. Por ser un acto espiritual, ejecutado por el hombre espiritual, nunca puede ser considerado como una condición para la gracia, sino el fruto de ella por el Espíritu Santo. Además, es un acto que, en última instancia, nunca está concluido (como si alguien pudiera decir que hace tal fecha que fue a Cristo, y con eso terminó todo); antes bien, el ir a Cristo es la diaria necesidad y deleite de todo el que ha nacido de nuevo. Ahora quisiera centrar vuestra atención en varios aspectos de este venir a Cristo.

¿Qué hace una persona cuando viene al Cristo de la Biblia? Creo que podemos distinguir cuatro elementos o pasos en ese acto espiritual, a los que titularé: contrición, reconocimiento, aspiración o anhelo, y apropiación.

Tenemos en primer lugar el elemento de la contrición. Consiste en un dolor y tristeza según Dios producido por el hecho de que el hombre ha obtenido un verdadero conocimiento espiritual del pecado como pecado, y de sí mismo

TODO EL QUE QUIERA

como pecador delante de Dios. Lo que no significa meramente que sepa y reconozca que hay algo malo en él; ni tiene nada que ver esto con el dolor y pesar que producen los resultados negativos y amargos del pecado; ni se refiere a un lamentarse por la persistencia de algún hábito malo. No. Este pesar de la verdadera contrición va a la raíz del asunto. Significa que el pecador está conscientemente delante del tribunal de la justicia divina; que la luz pura y penetrante de la justicia de Dios le descubre su verdadera condición y valor como pecador; y bajo la luz inexorable de esa justicia se ve a sí mismo, su naturaleza, sus obras, su bondad imaginaria, su piedad y religión, y descubre que no hay nada bueno en él, que todo es corrupción, contaminación, iniquidad, rebelión y violación de la ley de Dios; significa que oye el veredicto divino declarando su culpabilidad y la sentencia de su condenación.

Pero hay más. También significa, ¡oh profundidad de la gracia!, que ahora es él mismo quien toma el lugar de Dios en ese juicio contra sí propio y su condenación; ahora aborrece su pecado, reconoce la justicia de la sentencia de Dios, y se prostra en polvo y ceniza ante el tribunal divino. Ve que como pecador no puede entrar en la comunión con Dios, y confiesa que en lo que dependa de él, no hay ninguna posibilidad. ¡Ahora está lleno del verdadero dolor y tristeza según Dios!

El segundo elemento que encontramos en el acto de venir a Cristo es el reconocimiento. Con esto quiero decir un conocimiento espiritual y verdadero de Jesucristo como la revelación del Dios de nuestra salvación. Digo conocimiento espiritual, para distinguirlo del mero conocimiento natural e intelectual. Se trata de un conocimiento más del corazón que de la cabeza. Es un conocimiento del Dios de nuestra salvación en Cristo más

experimental que teórico; personal más que abstracto. Y hago esta distinción no para rebajar el conocimiento doctrinal de Cristo, ni mucho menos; al contrario, sin un conocimiento intelectual de lo que Dios nos ha revelado, es imposible el conocimiento espiritual. Lo que quiero señalar es que la mera teología no es suficiente para la salvación. Alguien puede conocer todo *sobre* Cristo sin conocerle a él realmente. El conocimiento salvífico de Jesús supone que lo contemplamos como la plenitud que llena nuestro vacío, como el verdadero pan y agua de vida que necesitamos, como la luz que disipa nuestras tinieblas, como la resurrección que vence nuestra muerte. Es un conocimiento personal de Cristo como aquel que nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación, y redención. Este conocimiento es el que nos hace tener en cuenta que Cristo nos atañe profundamente y que poseerle es una cuestión de vida o muerte.

De esta contrición, esta tristeza según Dios, este reconocimiento de nuestra condenación por el juicio de Dios, y este verdadero conocimiento del Salvador como la revelación del Dios de nuestra salvación, surge el tercer elemento que hemos mencionado: la aspiración o anhelo.

Viendo a Jesús como la plenitud que llena nuestro vacío, como la justicia de Dios que es capaz de borrar nuestra injusticia, como la luz que disipa nuestras tinieblas, como la resurrección y la vida que vence a nuestra muerte, como el pan que sacia nuestra hambre y el agua que apaga nuestra sed, entonces le anhelamos a él y a todos sus beneficios: el perdón, la adopción como hijos de Dios, el conocimiento de Dios, la justicia y la santidad. Tenemos hambre y sed de él. Pedimos,

TODO EL QUE QUIERA

buscamos, llamamos porque anhelamos ser liberados de la culpa y del dominio del pecado para tener paz con Dios y entrar en su bendita comunión. ¡Como el ciervo brama por las corrientes de aguas, así clama por Dios nuestra alma, por el Dios vivo según se ha revelado en las riquezas de su gracia en Jesús nuestro Señor!

Y esto nos lleva al último paso: la apropiación de Cristo y todos sus beneficios y bendiciones de la gracia. Lo cual implica que yo sé, con un conocimiento suficiente, que él es mío y yo le pertenezco por la insondable gracia de Dios sobre mí. Significa que confío en que él murió por mí, y que ahora por la fe lavo mis vestiduras en su preciosa sangre, aferrándome al perdón de pecados y a la justicia de Dios en él. Significa que por la fe vivo en él, y él vive en mí; y de él tomo gracia sobre gracia; que lo como y bebo, y que por él me acerco a Dios y entro en la comunión de su pacto. Ahora “estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Fil. 3:8).

Esas son las implicaciones del acto espiritual de venir a Cristo. La manera y las circunstancias en las que cada uno lo lleva a cabo no son siempre iguales. A veces existe un llamamiento repentino a salir de las tinieblas, y se tiene una conciencia más viva del cambio por el cual se es llevado a arrojarse a las misericordias del Señor. Así fue con Pablo en el camino de Damasco. En un instante se tornó de perseguidor de la Iglesia a reconocer al Jesús que perseguía como su Salvador y Señor. En muchos casos ocurre que se es instruido e inducido gradualmente en el conocimiento de Cristo desde la infancia, y luego no se recuerda en qué momento

particular se fue a Cristo. Así debió suceder con Timoteo. Esto es lo más normal con los que nacen y se crían en la Iglesia. Pero sea de una manera u otra, el acto de venir a Cristo siempre contiene los elementos de contrición, conocimiento espiritual, anhelo, y apropiación. Acto, además, nunca concluido; pues continuamente vamos a Cristo en el dolor y tristeza según Dios; en el reconocimiento de su plenitud; en anhelo y sed de nuestras almas por el Dios de nuestra salvación, para beber gratuitamente cada día del agua de la vida.

¡Todo el que quiera, puede venir! Cómo vendrá el pecador, es algo que se tratará en otro capítulo. Por ahora quede claro que el querer venir a Jesús está motivado por un verdadero arrepentimiento y dolor del pecado, que la voluntad es iluminada y dirigida por el verdadero conocimiento espiritual de Cristo como el Dios de nuestra salvación, está empujada por el fuerte anhelo del Dios vivo y de su gracia, y se expresa en apropiarse a Cristo y todas sus bendiciones espirituales. El que así viene a Cristo, nunca será avergonzado; pues está incluido en las palabras del Señor: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene no le echo fuera” (Jn. 6:37).

10

SI EL PADRE NO LE TRAJERE

Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere. (Jn. 6:44)

Que “todo el que quiera, puede venir” es absolutamente cierto. Igual que es también seguro que todo el que vaya será recibido. Nadie que ha ido a Cristo por salvación ha sido rechazado. Nunca nadie se acercó al río de agua de vida, sediento y abatido, y se le negó beber. El que viene a comer el pan de vida no se irá de vacío. El que quiere venir a Cristo no tiene por qué dudar; no debe temer ser defraudado o avergonzado. Todo el que pide, recibe. El que busca, halla. Al que llama, se le abrirá. De esta base cierta podemos depender; esto es el evangelio. Y el evangelio es la promesa de aquel que no puede fallar jamás. Y esta promesa es tan indubitable y segura para todo el que viene a Cristo, porque ese venir supone que, antes incluso de querer, la gracia de Dios ya ha obrado en el corazón y ha dispuesto la voluntad para hacerlo. La gracia siempre es primero. El venir del pecador es fruto de ser traído por Dios.

Esto es algo que experimenta todo el que es salvo por gracia. El que va a Jesús experimenta en ese acto la dirección maravillosa y la gracia eficaz de Dios, y eso en tal forma que la dirección y la gracia es antes y produce el ir a Cristo subsiguiente. El que es salvo reconocerá con toda seguridad que esto es así. Un hijo regenerado de Dios nunca presentará

su salvación como el resultado de su propia iniciativa. Nunca dirá que hubo algo de su parte que precedió a la acción de la gracia de Dios; que primero quiso ir y luego la gracia lo capacitó; que primero aceptó a Cristo y por eso Cristo le recibió; o que primero abrió su corazón y por eso Cristo pudo entrar. Ved las oraciones de los que son salvos, y tendréis la prueba de lo que digo. Todo arminianismo y toda arrogancia del libre albedrío quedan silenciados, pues en tal oración se está hablando con Dios. Uno puede presumir en presencia de los demás sobre el poder del pecador para ir o no a Cristo; pero todo es muy distinto cuando se está delante de Dios. Entonces todo se tiene que atribuir a la gracia divina. Delante de la presencia de Dios desaparece el arminiano. ¿Podrá oírse delante de Dios una oración arminiana como esta: “Te doy gracias porque has esperado hasta que a mí me pareció bien acudir, y has llamado repetidamente hasta que decidí abrir el corazón; y también porque me has dado la gracia cuando estimé oportuno recibirla”? ¿Se mostrará ante Dios la misma altanería que delante de los hombres? No. En la presencia de Dios es inútil mentir; por lo tanto, el pecador siempre atribuye en su oración todo a Dios y nada a sí mismo. Entonces dejará de pregonar el libre albedrío, y dirá: “Gracias mi Dios,

TODO EL QUE QUIERA

porque tu gracia irresistible venció toda mi oposición; y porque abriste y entraste en mi corazón; y tú me llevaste para que yo pudiera ir”. Esta es precisamente la razón de la seguridad y el ánimo del pecador cuando va a Jesús. El mismo hecho de experimentar que está siendo llevado por el Padre, es su garantía de que será recibido con toda seguridad.

Esta es la clara enseñanza de la Sagrada Escritura.

A través del profeta Jeremías, dice el Señor a su pueblo: “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia”. La misericordia es primero y esta es, a la vez, manifestación del amor eterno de Dios. El fruto de esto es que “clamarán los guardas en el monte de Efraín: levantaos, y subamos a Sión, a Yahvéh nuestro Dios” (Jer. 31:3,6). El querer ir al Dios de nuestra salvación es el resultado de ser atraídos por él mismo. Con unas bien conocidas palabras se lo dice Cristo a los de Capernaum: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo el que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí” (Jn. 6:44,45). Parémonos un momento a considerar este importante pasaje. Nos enseña, en primer lugar, que para que el pecador pueda ir es indispensable que sea llevado por la gracia de Dios. Si el Padre no lo lleva, es imposible que el pecador vaya. Nadie PUEDE, excepto que el Padre lo lleve. Lo cual no debe entenderse como si pudiera darse el caso de un pecador que realmente quiere y anhela ir a Jesús, pero que se encuentra impedido por algún poder constrictivo. Ese caso no existe. Lo que ocurre es que el pecador no tiene poder, ni lo quiere, para ir a Cristo. Tanto el querer como el ir

dependen completamente de la acción de llevar que por gracia realiza el Padre. En segundo lugar, este pasaje explica el hecho de ser llevados por el Padre como un ser enseñado por Dios, lo que da como resultado que el hombre oye y aprende del Padre. Puede comprenderse de inmediato que esto no se refiere a la predicación externa de la Palabra que hacen los hombres. La simple predicación externa del evangelio no puede lograr de ninguna manera que toda la audiencia oiga y aprenda del Padre; mucho menos puede lograr que alguien vaya a Cristo. Mas el Señor habla aquí de ser enseñados por Dios, de una iluminación espiritual que resulta en un conocimiento espiritual del pecado, de Dios, de Cristo y de las cosas que afectan a la salvación; lo que da como resultado el acto espiritual de ir a Cristo. Y, finalmente, notemos también que el fruto de este llevar y esta enseñanza divina es seguro e infalible, porque “todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí”.

¡Todo el que quiera, puede venir! Porque el que quiere ya ha sido enseñado para querer y venir por el poder eficaz de la gracia. Y será recibido.

La misma verdad se repite de otra forma en Juan 6:65: “Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre”. Igual que el versículo 44, éste expresa la misma imposibilidad, la más completa incapacidad del hombre natural para venir a Jesús. ¿Cómo irá a Cristo el pecador? ¿Logrará persuadirle la mera predicación del evangelio? La predicación de la cruz concierne a cosas espirituales; y el hombre natural “no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1ª Co. 2:14). Por

TODO EL QUE QUIERA

lo tanto, esto le tiene que ser dado por el Padre. La voluntad y el poder para venir a Jesús son dones de la gracia. Por esa razón puede decir triunfante el Señor en medio de la oposición y abandono de la multitud en Capernaum: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y el que a mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:37).

¿Qué es este llevar por el cual los pecadores van a Cristo?

Permitidme contestar, en primer lugar, y en un sentido general, que se trata de una operación espiritual de la gracia de Dios, a través de Jesucristo y por el Espíritu de Cristo, por medio del evangelio, en lo más profundo de nuestro corazón -de donde manan todos los aspectos de la vida- afectando al hombre total: con su mente y voluntad y todas sus emociones y deseos. Somos llevados por el Padre, pero esto no se hace sin Cristo como mediador de nuestra salvación; tal como lo declaró nuestro Señor antes de su muerte: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Jn. 12:32). A través de la cruz el Señor fue levantado a la gloria de la resurrección y la posición más excelsa a la diestra de Dios. Y en cuanto Cabeza de la Iglesia, recibió la promesa del Espíritu, para llevar por él a todos los suyos consigo a la gloria. El Padre nos lleva, y también Cristo, no como si fueran dos acciones separadas, sino de tal manera que el Padre lo hace a través del Hijo como el Mediador de nuestra Salvación.

En este acto de ser llevados, lo mismo que en el de ir a Jesús, pueden distinguirse cuatro elementos. El primer paso en el proceso de ir a Jesús es el de la contrición: el verdadero dolor según Dios. Y a este verdadero dolor por el pecado en el pecador, corresponde el acto

divino de la convicción de pecado, que es la causa de ese dolor. Sólo el que ha sido puesto bajo la convicción de pecado por el Espíritu de Cristo, puede tener una verdadera contrición. El Padre lleva; el pecador va: lo que significa, por lo tanto, básicamente que el Padre convence de pecado y que el pecador se arrepiente. Esta obra, sin embargo, no debe confundirse con esa otra operación de Dios en la conciencia de cada pecador, por la que les inscribe la sentencia de su culpa y condenación y les hace asumir su responsabilidad. Cada hombre siente que es responsable delante de Dios por su pecado. No puede desembarazarse ni por un momento de ese sentido de responsabilidad. Cada pecador siente que está condenado delante de Dios. Y esto también es una obra de Dios por medio de su Espíritu. Incluso los gentiles tienen la obra de la ley escrita en sus corazones, de manera que sus conciencias les sirven de testigos (Ro. 2:15); y el Espíritu convence al mundo de pecado porque no creen en Cristo (Jn. 16:9). Pero esta es una conciencia de pecado que se caracteriza sólo por el miedo y el terror, y que provoca la huida del pecador ante la presencia del que está sentado en el trono, pidiendo a las montañas y rocas que le cubran. La convicción de pecado para salvación es sustancialmente diferente. Es una convicción de amor. Es cierto que también ésta hace que el pecador tema y tiemble delante de la majestad de un Dios justo, pero, no obstante, no intenta huir ni ocultarse, sino, más bien, se acerca a él en verdadero dolor porque ha ofendido a este Dios santo, y une su voz a la de Dios reconociendo su condenación; y ora en el amor de Dios, aunque sea con temor y temblor: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad” (Sal. 139:23,24). Esta con-

TODO EL QUE QUIERA

vicción de pecado no puede ser la obra de un predicador, ni tampoco del pecador mismo; es solamente la obra de la gracia soberana. Y sin ella jamás podrá el pecador dar el primer paso hacia Jesús. ¡Nadie puede ir a Jesús, si el Padre no lo lleva!

El segundo paso es el reconocimiento; por éste el pecador contempla a Cristo como el Dios de su salvación, como la plenitud que llena su propio vacío, como la justicia que borra su injusticia; como la vida que vence a su muerte. En correspondencia con este acto de reconocimiento espiritual en el pecador, está la iluminación espiritual por la que Dios le revela a su Hijo. Cuando Dios convence de pecado a una persona, no la deja en la desesperación de su condenación, sino que le muestra a Jesús en toda su plenitud salvadora. Esta iluminación espiritual no es lo mismo que la luz natural por la que el pecador puede conocer todo acerca de Cristo y, hasta cierto punto, reconocer y admitir su belleza como el mejor de los hombres, como uno que fue profundamente consciente de la Divinidad, como un gran maestro o un ejemplo excepcional; pero no lo contempla nunca como la justicia de Dios, y la cruz le es locura. El Cristo de la Escritura, igual que antes, también ahora es crucificado por el pecador. Una buena muestra de esto la tenemos en el modernismo, cualquiera que sea su manifestación. El hombre natural no comprende las cosas del Espíritu, “para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1ª Co. 2:14). Y este discernimiento no puede producirlo la mera predicación del evangelio. El Señor Jesús, contemplando el resultado de su propia predicación, le da gracias al Padre porque escondió esas cosas de los sabios y los entendidos y las reveló a los niños (Mt. 11:25); y también enfatiza que

nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar (Mt.11:27). Cuando el Padre nos lleva, nos revela a Jesús en todo su poder salvador; e ilumina de tal manera nuestro entendimiento que lo contemplamos como el Deseado sobre todas las cosas, como el Redentor y Libertador del pecado y de la muerte que necesitamos. Nos abre los ojos para que veamos en Jesús todas las riquezas de su gracia en la plenitud de su justicia y vida. Abre nuestros oídos para que podamos oír la Palabra de la cruz como el poder de Dios para salvación, el poder de Dios con el que nos lleva y nos hace buscar a Cristo como el precioso Salvador, el Dios de nuestra salvación.

Sin embargo, el Padre, a través del Espíritu de Cristo, no sólo afecta a nuestro entendimiento para que conozcamos al Salvador espiritualmente, sino que también opera, por el mismo Espíritu, sobre nuestra voluntad y deseos para que anhelemos y deseemos poseerle. Este anhelo o aspiración, ya dijimos en otro lugar, es el tercer paso en el ir a Cristo. A lo cual corresponde el tercer elemento en la obra de llevar que realiza el Padre, y que podemos llamar seducción o atracción. El hombre natural no ve ningún atractivo en Cristo y su justicia. Es carnal y, por tanto, piensa en las cosas de la carne. Y la mente carnal es enemistad contra Dios. Su voluntad está corrompida, y todos sus deseos son impuros. No tiene hambre ni sed de justicia. Y la mera predicación del evangelio no puede producir esos deseos de justicia y perdón de pecados. Pero cuando el Padre lleva, y por el poder de su gracia obra sobre la voluntad del pecador, entonces la cambia y la vuelve por completo, instalando en el corazón nuevos deseos para que el pecador anhele la justicia y la remisión de los

TODO EL QUE QUIERA

pecados para tener comunión con el Dios vivo por su amor y misericordia. Y contemplando a Cristo como el único camino al Padre, suspira con fuertes deseos de poseerle y poder decir: “¡Mi Jesús, te amo; yo sé que eres mío!”

Y así, debido también al poder directivo del Padre, a través del Espíritu de Cristo, el pecador, finalmente, da el último paso en el ir a Jesús: el de la apropiación. A este acto del pecador corresponde la operación de la gracia de Dios a la que la Escritura llama *sellar*. Porque hemos sido “sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Ef. 1:13). Es por el Espíritu de Cristo, el Espíritu de la promesa, que se nos da personalmente la promesa de Dios, esa promesa de redención, reposo, satisfacción, perdón, justicia, y vida; de manera que tenemos plena certeza de que la promesa de Dios es para nosotros. Y por este Espíritu, el amor de Dios, es decir, no nuestro amor a él, sino su amor a nosotros, revelado en la muerte de su Hijo, es derramado en nuestros corazones para que tengamos confianza de que Cristo murió por nosotros, y que, no sólo a otros, sino a nosotros también, personalmente, nos da remisión de pecados y vida eterna. Así estamos asegurados de que Cristo es nuestro, y de que nos apropiamos de él y de todos sus beneficios; y con determinación y ánimo confesamos con el Catecismo de Heidelberg, en su pregunta 1ª, que nuestro único consuelo tanto en la vida como en la muerte es que no somos nuestros, sino que ¡pertenece a nuestro fiel Jesucristo!

Esto nos demuestra por qué es tan absolutamente seguro que “todo el que quiera, puede venir”. En el querer ir y en el ir mismo el pecador experimenta el poder de la gracia de Dios llevándole. Dios le convence de pecado, y él se arre-

piente; Dios lo ilumina por su Espíritu, y él ve a Cristo en toda su belleza salvadora; Dios lo atrae y seduce, y él suspira por el Dios de su salvación; Dios lo sella, y él se apropia de Cristo y de todos sus beneficios. ¿Cómo podrá ser echado fuera jamás? ¡El que va a Cristo de esta manera, nunca será avergonzado!

12

**SOBERANÍA DE DIOS
Y REPOSABILIDAD HUMANA**

Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? (Rom. 9:20)

Ya se ha enfatizado la verdad de la declaración “todo el que quiera, puede venir”, y repetidamente se ha subrayado que nunca ha habido, ni habrá, un pecador que quiera ir a Cristo y encuentre el camino cerrado; o que se sienta frenado de acercarse y apropiarse de Cristo y todos sus beneficios de salvación. Por otra parte, también se ha dado el énfasis necesario a la verdad de que nadie tiene de sí mismo el querer para ir a Cristo y que ninguna persona humana puede producir ese querer en el alma. Muchos himnos de invitación dejan la impresión de que cada cual tiene el poder de aceptar a Cristo, lo que, ya hemos señalado, es falso; estos himnos están calculados para introducir en el corazón y la mente de los hombres el veneno del pelagianismo. La salvación no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Ro. 9:16). La voluntad para ir es el fruto de la obra de llevar que el Padre realiza. Y el número de este “todo el que quiera” está limitado a los que el Padre ha querido dar a Cristo, concederles un nuevo corazón, y llamarlos de las tinieblas a su luz admirable. No hay ninguna actividad por parte del pecador que preceda a este llevar que ejecuta el Padre, que le valga en algún sentido para su salvación.

Lo cual, como se puede comprender, coloca la salvación por entero fuera de las manos del pecador y la deja solamente en las de Dios. La salvación es una obra divina desde el principio al fin. Es tan propia de Dios como lo fue la de la creación; el hombre no coopera en manera alguna. Sólo Dios determina quién será salvo, y solamente él lleva a cabo la obra de la salvación; la salvación es del Señor. En el sentido fundamental de la palabra, pues, la voluntad para ir a Cristo tiene su raíz y es el resultado de la elección incondicional, libre y soberana de Dios, que ha escogido a los suyos para vida eterna.

Que Dios determina soberanamente quién será salvo y quién no; la doctrina de que Dios es DIOS; que es el Soberano Señor también en la cuestión de la salvación y condenación del hombre, es una verdad que de ninguna manera se amolda a la carne, y no recibe precisamente una aprobación general. ¿Cómo podría ser bien recibida ante los ojos del hombre pecador, si humilla todo su orgullo? Esta verdad arroja al hombre al polvo y, en relación a Dios, lo hace menos que la vanidad. Lo presenta como es realmente: menos que una gota en el cubo, o el polvo de la balanza. No le deja ningún poder, bondad, sabiduría o gloria.

TODO EL QUE QUIERA

Y Dios es exaltado como el único Soberano Señor, que está en los cielos y hace todo lo que quiere: que forma la luz y crea las tinieblas, que hace la paz y crea el mal (Is. 45:7). Él, que es el Alfarero, mientras nosotros sólo barro; y que forma según su buena voluntad vasos para honra y vasos para deshonra (Ro. 9:21), y puede decirle a Faraón: "Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra" (Ro. 9:17). ¿Quién puede esperar que esta doctrina, que exalta a Dios y derriba al orgullo humano, encuentre favor ante los pecadores que siempre se ensalzan frente al Dios vivo?

No vamos a discutir las muchas objeciones que siempre se han presentado contra esta verdad. Sin embargo, existe una que es tan antigua como esta verdad misma, y que pretende presentar la doctrina de que la salvación es del Señor como algo horrible y absurdo. A ésta sí le dedicaremos atención. Se trata del bien conocido argumento que dice que la doctrina de la infalible soberanía de Dios en la materia de la salvación supone una negación de la responsabilidad humana. Si la salvación es la obra de Dios de manera tan absoluta que sólo él determina y puede decidir, y el hombre no puede hacer nada de sí mismo para redimirse y liberarse del pecado, entonces, dice la objeción, el hombre no es un agente moral, y Dios no puede en justicia considerarle responsable en el día del juicio. La doctrina de la soberanía de Dios y la responsabilidad humana están en oposición; envuelven una contradicción y, por eso, no pueden ser verdad.

¿Qué responderemos a tal objeción?

En primer lugar, quiero insistir en que esta objeción es muy antigua, siem-

pre levantada contra el proceder soberano de Dios en el asunto de la salvación. Si estudias la historia de la Iglesia y su doctrina, verás que la principal objeción de los oponentes a la doctrina de la gracia infalible y soberana ha sido siempre la misma. Siempre han acusado a los que proclaman fielmente esta verdad fundamental de hacer con ella a Dios el autor del pecado y destruir la responsabilidad humana. Podemos sentirnos confortados si recibimos los mismos ataques, pues eso demuestra que estamos predicando la verdad. Y esto es especialmente importante si tenemos en cuenta que las mismas acusaciones le fueron hechas al apóstol Pablo y, por lo tanto, se trata de una objeción puesta directamente contra la verdad revelada en la Escritura. En el capítulo noveno de Romanos, el apóstol Pablo establece esta misma verdad de la soberanía de Dios en la salvación y condenación de los pecadores; y anticipa dos objeciones que sabe le harán, y se han hecho, contra tal doctrina. La primera se expresa por la pregunta: "¿Hay injusticia en Dios?"; y la segunda, negando la responsabilidad humana, con las palabras: "¿Por qué, pues, condena? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?" Por lo cual, si uno predica un evangelio contra el que no se susciten esas objeciones, puede con acierto pensarse que existe algo falso en tal predicación; mientras que, por otro lado, esos cuya predicación provoque tales objeciones, pueden consolarse sabiendo que están en el lado bueno.

Segundo, quiero llamar la atención al hecho de que el apóstol Pablo no se disculpa ante esas objeciones, ni se retracta de una sola palabra de lo que ha escrito con relación a la soberanía de Dios en la salvación. No responde diciendo que el oponente no había interpretado su verdadero significado, y que su objeción era

TODO EL QUE QUIERA

debida a un error de comprensión de su enseñanza. No; en el plantamiento del apóstol está claro que el objetante entiende perfectamente que se ha enseñado la predestinación incondicional de Dios. Sólo así tendrían sentido las objeciones citadas. Un predicador arminiano, uno que presente la salvación dependiente del libre albedrío de los pecadores, nunca se encontrará con esas objeciones. Pero el apóstol ha estado enseñando que la salvación no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia; y que Dios, según su buena voluntad, muestra misericordia a quien él quiere, y al que quiere endurecer, endurece. Es a esta doctrina a la que se le presenta la doble objeción: entonces Dios es injusto; y el hombre no es responsable, porque nadie puede resistir la voluntad de Dios. Es evidente que si la objeción se hubiera debido a una mala interpretación, el apóstol habría solucionado el problema con sólo modificar y explicar sus declaraciones. En tal caso ahora tendríamos en el capítulo noveno de Romanos algo así como: "Bien, señores, ustedes no me han comprendido, no han interpretado bien mis palabras. Ciertamente no era mi intención dejar la idea de que Dios sea soberano hasta el extremo de estar por encima de la voluntad humana; al contrario, su soberanía está limitada por esa voluntad. Él endurece sólo a los que resisten sus sinceros esfuerzos para salvarles; y salva a todos los que lo desean". Con toda seguridad tales explicaciones del apóstol hubieran quitado toda base a la objeción de los oponentes. Pero dado que él no dice nada de eso, es evidente que admite que los objetantes han entendido correctamente sus palabras. En Romanos 9 se enseña la predestinación incondicional, y no hay lugar para la posición arminiana. La salvación es toda del Señor; y a esto nos aferramos y mantenemos sobre la

base de la Escritura, a pesar de cualquier posible objeción que presenten los que se oponen.

Tercero, quisiera indicar que el apóstol ni por un momento modifica su enseñanza apelando a la "otra cara" de la doctrina. Él no se apunta a la "otra vía". Eso queda para muchos que proclaman creer en la infalible gracia soberana de Dios, exactamente esa que recibe las objeciones de Romanos 9, pero que luego intentan mantener una teología de dos caras. Profesan creer en la predestinación infalible y la soberanía de Dios en la salvación; pero si les argumentan que con ello están violando la libertad del hombre y destruyendo su responsabilidad, entonces se ponen en otra vía de razonamiento. Dicen que aunque Dios elige a los que serán salvos antes de la fundación del mundo, y que ciertamente los salvará, no obstante, también es verdad que quiere sinceramente la salvación de todos y cada uno de los hombres. Profesan creer que la expiación es limitada, y que Cristo murió sólo por los elegidos, mas, por otro lado, también insisten en que Dios ofrece con sincera y buena intención la salvación a todos los hombres. Admiten que el pecador está muerto en el pecado y que de sí mismo no puede ir a Cristo, sin embargo, predicán que Dios sinceramente, es decir, con el propósito de salvarlos, invita a los pecadores a que vayan a él, aunque no les da el don indispensable de la gracia que debe capacitarlos para acudir. Y si alguien les dice que esto es una contradicción clarísima, y que es imposible para un creyente admitir ambos elementos de la contradicción, responden que eso es un misterio profundo, y que nadie debe inquirir curiosamente más allá de esta profunda verdad.

TODO EL QUE QUIERA

Ahora bien, me gustaría enfatizar que para el creyente cristiano no sería dificultad alguna el aceptar misterios. Dios es grande, y nunca lo comprendemos aunque podamos conocerle por su propia revelación. Él es el Eterno y nosotros somos hijos del tiempo. Él es infinito y nosotros no. Él es el creador del cielo y de la tierra y nosotros simples criaturas sacadas del polvo. Él es el Incomparable que mora en luz inaccesible. Cuanto más lo contemplamos, más profundo es el misterio. No admitir esto sería negar a Dios. Por lo tanto, el creyente no pretende que pueda resolver todos los problemas, y menos aún los que se refieren a la relación de Dios con sus criaturas. El creyente no niega los misterios; al contrario, su contemplación hace que caiga al suelo y adore. Sin embargo, insistimos con igual énfasis en que los misterios no son lo mismo que contradicciones evidentes; éstas no son misterios, sino muy claras insensateces. Una de dos: o Dios quiere que todos y cada uno de los hombres sean salvos, o no lo quiere. Ambas cosas no pueden ser verdad. O Dios ofrece sinceramente a Cristo que murió por todos los hombres a cada pecador, o no lo hace. Mantener ambas cosas es sencillamente imposible. O el hombre tiene una voluntad que está libre para aceptar o rechazar a Cristo, o depende absolutamente de la gracia soberana. Decir que ambas cosas son verdad es un necio despropósito. Por otra parte, si esto pudiera ser así, si esta teología de la doble vía fuese la respuesta adecuada a los objetantes de la soberanía de Dios en la salvación, seguramente la encontraríamos en el capítulo noveno de Romanos, ese sería el lugar más idóneo, pues es el lugar donde el apóstol enseña en los términos más fuertes la verdad de la infalible predestinación y soberanía de Dios para salvar a quien él quiere. Y es contra esa

doctrina que se levanta la objeción de que entonces Dios tiene que ser culpable de injusticia y el hombre carente de responsabilidad. Sin embargo, el apóstol no saca "otra cara" de esta verdad. No pide disculpas; ni se cambia a otra vía de razonamiento. Deja la verdad tal como la ha declarado, con todas sus implicaciones.

En cuarto lugar, se debe señalar que la objeción de que la doctrina de la soberanía infalible de Dios destruye la responsabilidad humana es algo que sólo puede sostenerse de manera artificial. Esas dos realidades no se contradicen. La objeción no se basa en una dificultad lógica, sino que procede de una actitud pecaminosa y radicalmente mala contra Dios. El objetante no conoce el lugar en que se encuentra. Está motivado por el deseo de destronar a Dios y ocupar su puesto. La mentira del diablo: "Seréis como Dios", ciega sus ojos, distorsiona su juicio y perverte su voluntad. Es el pecado, la enemistad contra quien es DIOS, lo que le hace argumentar que no se puede ser responsable ante un Dios que sea soberano. Que esto es así lo demuestra la respuesta de la Palabra de Dios al oponente: "¿Quién eres tú, oh hombre, para que alterques con Dios?". Cuando la Escritura dice que Dios es soberano incluso en el destino eterno del hombre, que tendrá misericordia con el que quiera tenerla, es Dios mismo el que está hablando. Y cuando tú o yo objetamos que si eso es así entonces no puede condenar, que no puede juzgarnos, y que no somos responsables delante de él, estamos altercando y replicándole. Pero si el hombre alterca contra Dios se debe a que es rebelde. Al hombre hay que recordarle cuál es su lugar. Es una mera criatura y ¡Dios es DIOS! El hombre es como una mota de polvo en la balanza, una simple gota de agua que cae del cubo. Bueno, realmente

TODO EL QUE QUIERA

es menos que eso. Y si comprendiera su verdadera posición y la asumiera, entonces no altercaría contra Dios, ni argumentaría insensatamente diciendo que la soberanía de Dios elimina su responsabilidad. Antes bien, comprendería que cuanto mayor sea Dios, más responsable será el hombre ante el soberano Señor del cielo y de la tierra. La responsabilidad humana en relación al proceder infalible soberano de Dios es un misterio; eso es cierto. Yo no puedo penetrar en él; es demasiado profundo. Pero no es una contradicción; y la objeción es una insensatez, no tiene sentido.

Hemos hablado de responsabilidad, ¿qué es eso?: es ese estado en el cual yo estoy bajo obligación respecto a Dios. Y el hombre está por siempre bajo la obligación de amar al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas. Es ese estado en el cual el hombre permanece en juicio delante de Dios y es responsable de sus obras delante de él. Dios nunca destruye esa responsabilidad. Tanto si endurece a un hombre, como si lo atrae irresistiblemente por su gracia y lo salva, Dios siempre lo trata como un ser racional y moral. Cuando el hombre está en juicio delante de Dios y es llamado a cuentas por su pecado, aún el más endurecido pecador tendrá que admitir que él pecó porque amó la iniquidad y aborreció a Dios y su justicia, y que, por tanto, es digno de condenación. Cuando, a través del evangelio, fue llamado al arrepentimiento, rehusó. Al ser, por el mismo evangelio, puesto en contacto con Cristo, no quiso nada con él y le volvió a crucificar. Y aun así, con todo su pecado y rebelión contra Dios, no tiene otra alternativa que la de estar subordinado al soberano consejo de Dios. El Señor es Dios, no el hombre. Tampoco es el caso de que el pecador no sea cons-

ciente de este señorío absoluto de Dios. Tanto su propia responsabilidad, como la infalible soberanía de Dios están inscritas indelebles en su conciencia. En el mismo infierno todos los diablos y los impíos tendrán que admitir siempre que jamás prevalecieron contra la voluntad de Dios, que él es el Señor absoluto que hace todo lo que quiere, y que es justo cuando juzga. La voz rebelde será entonces silenciada para siempre.

Por otra parte, tampoco destruye Dios el sentido moral del hombre cuando por su gracia irresistible lo lleva a Cristo y le hace heredero de la salvación eterna. Pregunta a un creyente por qué fue a Cristo, y te responderá: "Porque estoy perdido en el pecado, y lo sé; porque estoy arrepentido y anhelo el perdón; porque tengo hambre y sed de justicia, y veo y conozco a Cristo como mi única justicia delante de Dios; porque deseo vivir en comunión con Dios según sus mandamientos, y sé que eso es posible sólo por la gracia de Cristo. ¡Sí, por todo eso quiero ir a él!". Preguntadle a este mismo creyente cómo llegó a saber y reconocer todo esto, y responderá sin dudar: "Sólo a través de la soberana e irresistible gracia de Dios en Cristo; eso me guió, me dio ojos para ver y oídos para oír, y un corazón para suspirar por él. ¡Sí, mi salvación es del Señor!". Y en el cielo los hijos de Dios redimidos caminarán por siempre en la suprema y más perfecta libertad reconociendo, sin embargo, que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. ¡Ninguna carne se gloriará en su presencia!

11

EL VENIR Y LA PREDICACIÓN

¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? (Ro. 10:14)

El venir a Jesús, que implica también la voluntad para hacerlo, es el fruto de esa obra de gracia que el Padre realiza en el corazón, mente, voluntad y todos los afectos del pecador, y que la Escritura designa con la palabra *traer*. Por ese acto del Padre el pecador es convencido de pecado, iluminado con entendimiento espiritual, atraído a Cristo y sellado con el Espíritu Santo de la promesa. Esta maravillosa operación se lleva a cabo por el Espíritu Santo, como el Espíritu de Cristo, de manera tal que rebasa nuestro entendimiento.

No obstante, este acto de atraer al pecador, por el que se le capacita para ir al Salvador, abrazarle y apropiarse de todos sus beneficios salvadores, se realiza por medio de la predicación del evangelio. Sin el evangelio nadie puede ir a Cristo. Porque, en primer lugar, precisamente el Cristo al que tiene que acudir el pecador para salvación, está revelado y presentado en el evangelio según se encuentra contenido y preservado en la Escritura. No hay otro Cristo. Sin el evangelio, por lo tanto, no existe conocimiento de él; y sin conocimiento del Salvador no puede contactar con él el pecador. Poco importa lo demás; la riqueza del cristiano se mide por el conocimiento que tenga del Cristo de la Escri-

tura. Crecer en la gracia, igualmente, no es otra cosa que crecer en ese conocimiento. Por lo tanto, la predicación del evangelio es el medio por el cual el Padre nos lleva a Cristo. Así lo reconocen las palabras de Cristo en Juan 6:44,45: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere... Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí”. Este oír, ser enseñados, y aprender, tiene lugar por medio de la predicación del evangelio. Como lo expresa claramente Romanos 10:14: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?”

Además, la acción de la gracia tiene tal carácter que no viola la naturaleza racional y moral del pecador que es llevado a Cristo. No se trata de una acción compulsiva. Al pecador no se le fuerza a ir a Cristo en contra de su voluntad y sin comprender nada. Al contrario, la gracia hace que el pecador obre voluntariamente; de manera tal es vencido por la gracia irresistible de Dios, que se torna en alguien realmente dispuesto, y él mismo hace la elección, consciente y voluntaria, de volverse al Dios de su salvación. La

TODO EL QUE QUIERA

gracia no destruye la voluntad, sólo la cambia. La mente no es desplazada, sino iluminada espiritualmente. El pecador es enseñado por Dios; pero precisamente por ello, la predicación del evangelio es un medio indispensable. Mientras Dios atrae al pecador por el Espíritu, lo llama por el evangelio; y de esta manera el pecador realiza consciente y voluntariamente el acto de ir al Salvador.

De esto se deriva lo tremendamente importante que es para la Iglesia de Cristo en el mundo que comprenda y sea fiel a su único y sagrado llamamiento: ¡predicar la Palabra! Pues ese es el medio instituido por Dios con el que le ha placido, en Cristo, atraer a los pecadores. Para ser llevado a Cristo, el pecador tiene que oír su voz, la propia voz de Cristo dicha a él personalmente. Ninguna otra cosa, excepto la palabra de Cristo, puede obrar para salvación. La palabra de un hombre, aunque saque su contenido de la Escritura, no es suficiente; el pecador tiene que oír la palabra de DIOS. La palabra humana no tiene poder alguno, sólo la de Dios es poderosa. Solamente ella es “viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu; las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (He. 4:12). Sólo la Palabra de Dios es eficaz: produce lo que declara. Dios es el único que llama a las cosas que no son como si fueran. Sólo su poderosa palabra resucita a los muertos. Cuando dice: “Sea la luz”, es la luz. Cuando Cristo le dice a Lázaro: “¡Ven fuera!”, el muerto sale de su tumba (Jn. 11:43,44). Cuando el mismo Cristo dice: “Ven a mí”, el pecador va con toda seguridad. Esa palabra solamente la puede hablar Cristo. Nadie puede ocupar su lugar; y es absolutamente necesario que el pecador la oiga. Así lo dice el Señor:

“Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán” (Jn. 5:25). Y otra vez: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Jn. 10:27). Y el apóstol Pablo escribe en Romanos 10:14: “¿Y cómo creerán a aquel a quien (no: de quien) no han oído?”

¿Podría realmente ser de otra manera? ¿Cómo podría la palabra de un hombre; cómo los ruegos de un predicador, ocupar el lugar de la poderosa Palabra de Cristo para la salvación de un pecador? ¿Cómo creerá alguien en el Señor Jesucristo, si no es por medio de su propia Palabra? Ir a Jesús es creer en él; y creer en él es el acto de un conocimiento espiritual positivo y absolutamente cierto, junto con la más perfecta e implícita confianza en que él es la base y el supuesto necesarios de mi justicia y salvación. Por la fe me sostengo en él para la vida y la muerte; para el presente y la eternidad. Por fe vivo en medio de la muerte; por fe tengo esperanza en medio de la desesperanza. Por la fe soy indeciblemente feliz en medio de la miseria; por ella desmiento y salgo victorioso contra todas las indicaciones de mi experiencia actual: culpa, condenación, muerte, ira divina, el infierno y el diablo; y me mantengo en la confianza de que soy justificado, que vivo, que soy objeto del favor de Dios, y heredero de la vida y gloria eternas. ¡Y todo ello es verdad porque creo en Cristo!

¿Pero cómo podrá realizar un pecador tal acto de fe? ¿Descansará esa fe en la palabra de un simple hombre, aunque éste hable sobre Jesús? ¿Podrá la mera palabra humana crear esa maravillosa fe en el corazón del pecador que está muerto espiritualmente, con la voluntad pervertida, corrupto de corazón y con el

TODO EL QUE QUIERA

entendimiento entenebrecido? ¡Te digo que es imposible! Para la fe salvadora nada puede servir de base, excepto la certeza de que estoy oyendo a Cristo, al mismo Hijo de Dios, hablarme personalmente. ¡Esa fe sólo puede ser traída por su propia Palabra, hablada por él mismo! ¡Tengo que oír la Palabra de Dios; necesito oír la voz del Buen Pastor! Tengo que oír la voz de Jesús diciéndome: “Ven a mí y descansa”. Su propia Palabra tiene que llegar hasta mí, y oírle decir: “Ven a mí y bebe”. Él mismo tiene que clamar delante de mi sepulcro espiritual: “¡Sal fuera, y resucita de los muertos!” Entonces, y sólo entonces, podré confiar realmente en él, descansar en él y a él acudir, apoyarme en su pecho y encontrar el reposo prometido.

Ahora bien, ha placido a Cristo hablar esta poderosa Palabra, con la que atrae a los hombres, *por medio de la predicación*. La Palabra de Cristo no nos viene a través de una voz interna que la introduzca inmediata, directa y místicamente en nuestros corazones. Al contrario, el apóstol escribe: “¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” (Ro. 10:14). Cristo instituyó la predicación del evangelio como un medio por el cual quiso atraer a sí propio a los suyos y hablarles su Palabra. De esta verdad surgen varios puntos muy importantes respecto a la predicación en cuanto tal, a los que vamos a prestar atención brevemente.

Primero, es necesario enfatizar que predicar es ministrar la Palabra de Dios en Cristo. Lo cual quiere decir que está totalmente al servicio de esa Palabra. Es, y quiere ser, un *medio* para que la poderosa e irresistible Palabra de Cristo mismo sea anunciada. Si tienes en cuenta esto, concluirás de inmediato que escuchar la predicación de la Palabra es un

asunto extremadamente serio. A la iglesia no vas para oír un “bonito sermón”, ni a entretenerte con una espléndida oratoria, ni a descubrir las opiniones de algún erudito respecto a un determinado tema, sino a oír la Palabra de Cristo que él mismo te dirige. Se trata, pues, de un asunto de vida o muerte. Esto es lo esencial en la predicación verdadera: que Cristo mismo te habla a través de las palabras del predicador; y eso es lo que la distingue de una mera conferencia. Si Cristo no habla no hay predicación. Toda la sabiduría del mundo, la oratoria más brillante del más atractivo y fluido de los predicadores, todo el sentimentalismo del moderno avivacionista, todas las historias conmovedoras que pueda contar, todos sus ruegos y súplicas emocionales, son en vano. Cuando oímos la predicación verdadera de la Palabra, lo que ocurre es que estamos oyendo la voz de Jesús que dice: “Ven a mí y descansa”; le oímos proclamar: “Arrepiéntete y cree”; oímos que nos asegura: “Tus pecados te son perdonados, ve en paz”. Para este preciso fin, pues, la predicación es un *medio*.

Segundo, de ello se sigue que un predicador, en lo que concierne al contenido de su mensaje, está limitado en su comisión según el contenido de las Santas Escrituras. El predicador no tiene un mensaje suyo para proclamarlo. Es un embajador de Cristo, y como tal debe declarar el mensaje que le ha encargado quien le envió. El que ocupe el puesto de predicador, y pretenda ser un ministro de la Palabra, pero que no tenga en cuenta ese mandato y proclame su propia filosofía respecto a temas de este mundo, el tal es un falso profeta. Y la iglesia que es infiel a su vocación y que, en lugar de predicar la pura Palabra de Dios según las Escrituras, pone su púlpito al servicio del mundo y su filosofía humanista, es una

TODO EL QUE QUIERA

abominación a Yahvéh. Es igual que la Jerusalén de antiguo, que mataba a los profetas, y eso cuando precisamente a través de ellos Cristo quería juntar a sus hijos como la gallina junta a sus polluelos bajo sus alas; sin embargo, se opusieron a él y devoraron sin piedad al pueblo de Dios. ¡Ah, pero Cristo juntará a su pueblo con toda certeza! Los hijos de Jerusalén no perecerán. Mas el juicio sobre la Jerusalén inicua, que los esparce bajo la apariencia de estar juntándolos, será terrible. Y la iglesia moderna, que proclama la filosofía del mundo en lugar de la Palabra de Dios y el evangelio de Jesucristo crucificado, y da a sus miembros piedras en vez de pan, ¡esa iglesia es la culminación del falso profeta, el siervo del Anticristo, que será echado al lago de fuego y azufre junto con el diablo y la bestia!

Cuando uno considera la condición de lo que se conoce como Iglesia en el mundo de hoy, ésta presenta un espectáculo realmente lamentable. Parece que en su mayor parte ha olvidado la verdad del evangelio. Si uno se encuentra fuera de su iglesia local y, hambriento del pan de vida, entra en alguno de esos edificios que por su estilo arquitectónico sugiere que está dedicado al ministerio de la Palabra; en la mayoría de los casos se verá defraudado. En lugar de pan dan piedras. Es cierto que la Biblia aún está en el púlpito; y allí sale un hombre que por su atuendo parece un ministro de la Palabra, pero en cuanto abre la boca se hace evidente que es un engañador que ignora completamente su vocación, y corrompe la Palabra de Dios. Y, encima, da la impresión de ser un asno mentecato, pues, generalmente, ni siquiera tiene el dominio adecuado de la filosofía humanista que presenta con aire de erudición. La iglesia que desprecia su llamamiento de predicar la Palabra de

Dios, es igual que la sal que ha perdido su sabor: sólo sirve para el estercolero.

Ante semejante situación existen razones más que suficientes para que la Iglesia de Cristo fuese fiel, y velase vigilando con diligencia para predicar y aplicar la pura Palabra de Dios en su plenitud: todo el consejo de Dios, tanto en su adoración como por los que predicar la Palabra. La Iglesia tiene el deber de predicar el evangelio; y el evangelio es la promesa, la promesa cierta de Dios. Esa promesa no es otra cosa que Cristo mismo en su plenitud salvadora. Cristo, el Hijo de Dios encarnado, la revelación del Dios de nuestra salvación, que fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación; el Cristo de Dios, a través del cual Dios nos ha reconciliado consigo mismo, y por el que nos ha regenerado, justificado, perdonado nuestros pecados, adoptado como hijos; nos ha preservado para el fin, y nos glorificará juntamente con Cristo en la resurrección final. Cristo, quien recibe a todos los que van a él, no por ellos mismos, sino por la gracia del Padre que los lleva; y que sin duda dará agua al sediento, pan al hambriento, descanso al trabajado; que cambia la ceniza por belleza, la vergüenza por gloria, la muerte por vida. Ese Cristo es el contenido del Evangelio. Y esa Palabra de Cristo respecto a sí mismo es la que debe predicar el ministro. Cristo no la presenta como un simple ofrecimiento a todos los hombres, cuya recepción dependa del antojo de la voluntad humana; él no puede predicar una mera posibilidad de salvación: la promesa del evangelio es la promesa del Dios vivo, firme y segura. La salvación no es una posibilidad, sino una certeza. Dios mismo la lleva a cabo, no por voluntad del pecador, sino a pesar de su indisposición. El predicador debe proclamar que Cristo

TODO EL QUE QUIERA

y la promesa del evangelio es algo seguro para todo el que se arrepiente y cree, para el que está hambriento y sediento, para el trabajado y cargado. El fruto puede y debe dejarlo en las manos de Dios, que es el único que puede salvar, y que tiene misericordia de quien él quiere y al que quiere endurecer, endurece.

A todo esto debemos añadir, finalmente, que el predicador tiene que ser enviado. Porque “¿cómo predicarán si no fueron enviados?” Sobre este llamamiento y misión del predicador no hay nada oculto o misterioso, pues, en los apóstoles, Cristo comisionó a su Iglesia en el mundo para predicar el evangelio. “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” es una comisión, no a cada individuo, sino a los apóstoles, y, en ellos, a la Iglesia que representaban. La Iglesia es “columna y baluarte de la verdad”; ella recibe la promesa de que el Espíritu la guiará a toda verdad. A ella le confió el Señor su Palabra. La Iglesia debe preservar, interpretar, confesar y predicar la Palabra de vida. Por esto mismo, ya que la Iglesia cumple su ministerio por medio de la predicación, el predicador tiene que ser enviado por la Iglesia. Ningún creyente individual puede constituirse en predicador por su propia cuenta; tiene que ser enviado. Ninguna clase de grupo, escuela, sociedad, comité o secta, que funcionan a menudo al margen de la Iglesia y hablan de ella en tono despectivo, ha recibido la comisión de predicar; sólo la Iglesia tiene tal comisión, y ella solamente puede llamar y enviar al predicador. Precisamente por esta razón, el predicador no se gloriará de ser “adominacional”, ni pretenderá introducir toda suerte de doctrinas nuevas y extrañas. Al contrario, se sentirá llamado por la Iglesia y, conectado con la Iglesia de todos los tiempos, proclamará el evangelio de

Cristo tal como lo ha confesado esa Iglesia que ha sido guiada por el Espíritu a toda verdad.

A través de la predicación Cristo hablará su propia Palabra de poder, y atraerá a los suyos. Digo: a los suyos; porque no todos los que oyen externamente el evangelio son guiados por el Padre. No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Siempre habrá los que serán endurecidos, para quienes la preciosa piedra del ángulo es piedra de tropiezo y roca que hace caer. Mas a los suyos los llamará con toda seguridad, y con esa misma seguridad irán a él y serán recibidos. Porque sus ovejas oyen su voz, y le siguen, y les da vida eterna, y jamás perecerán. ¡Nadie las arrebatará de sus manos!

13

CADA VEZ MÁS CERCA

Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. (2ª P. 3:18)

En un sentido puede decirse que el acto espiritual de ir a Cristo se cumple y termina de una vez por todas en el momento que nos apropiamos de él y todos sus beneficios salvadores por una fe viva y verdadera. A Cristo no se le acepta a trozos; como si se pudieran recibir sus riquezas una ahora, luego otra, y así sucesivamente, hasta llegar a ser totalmente salvos. El que viene a Cristo lo recibe y toma en toda su plenitud, y le son dadas todas las bendiciones espirituales de la gracia. En Cristo tiene redención total; no recibe perdón de algún pecado mientras otros aún le quedan en su cuenta, sino que al ir a Cristo obtiene el perdón del pecado como tal, y está asegurado de que ningún pecado le será imputado ya más. Está totalmente justificado delante de Dios, de tal manera que aunque su conciencia le acuse de haber violado, y seguir violando todavía, los mandamientos de Dios, no obstante, delante de Dios en Cristo es contado tan justo que no podría serlo más perfectamente si nunca hubiera pecado. Cuando el pecador va a Cristo no recibe sólo un poco de vida, sino que es resucitado en verdad de los muertos y hecho heredero de la vida eterna. Porque el que cree en el Hijo tiene vida eterna (Jn. 3:36). De la muerte pasó a la vida; de las tinieblas fue llamado a la luz; y de ser un pecador corrupto y culpable ha pasado

a ser un hijo de Dios justo y santo. Quien está en Cristo es una nueva criatura; las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas (2ª Co. 5:17).

En lo que concierne al principio de la nueva vida que está en el creyente, no es posible que pueda de manera permanente y completa volver atrás y apartarse de Cristo. La vida de un cristiano no consiste en una serie de actos separados por los que se está apartando y volviendo otra vez al Salvador. A veces puede parecer que este es el caso. En su vida consciente no siempre vive en estrecha comunión con el Señor. Además, puede caer en el pecado, y durante un tiempo parecerle que su relación con Jesús ha quedado totalmente rota. Sin embargo, a causa del principio de la nueva vida que está en el creyente, tal cosa no puede ocurrir nunca. Puede que, más aún, seguro que ocurriría, cayese del contacto con Cristo si, aunque fuera por un solo instante, permanecer en él dependiese del poder y la voluntad del hombre. Mas así como el ir a Cristo es el fruto de la acción de llevar que el Padre realiza por el Espíritu de Cristo, de la misma manera permanecer en él es resultado de estar mantenidos en la poderosa mano de Cristo y del Padre. El Salvador mismo lo declara: "Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me

TODO EL QUE QUIERA

las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (Jn. 10:28-30).

Con todo y ser verdad lo anterior, no quita, sin embargo, que pueda decirse en otro sentido que el acto de ir a Cristo, hasta el día de nuestra muerte, nunca está cumplido y terminado. Cuando uno vuelve al hogar después de un largo viaje, el acto de venir termina tan pronto como se llega a casa. No es lo mismo en el acto espiritual de ir a Cristo. Lo cual se debe a que aunque el cristiano es por principio completamente salvo en cuanto se apropia a Cristo, no obstante, aún sigue en la carne, en su vieja naturaleza y, además, en medio de este mundo. Y todo lo que es de la carne y del mundo tiende continuamente a apartarle de Jesús y de las cosas espirituales del reino de Dios. Según el principio de salvación que está en él por gracia, es perfectamente justo delante de Dios, justificado en Cristo; pero según el viejo hombre, es corrupto, vendido al pecado. El nuevo hombre en él es celestial, pero su antigua naturaleza es terrenal. Por ello podemos decir con toda certeza, que su acto de ir a Jesús nunca está concluido. Se trata de un acto constante de fe. Continuamente se aparta del pecado, se arrepiente, va a Cristo y busca refugio en él como el Dios de su salvación.

De manera que, aunque el creyente va a Cristo de una vez por todas cuando lo recibe y se apropia de él, no obstante, también es verdad que, en un desarrollo sano y normal, se acerca a él más y más cada vez. Su conocimiento del pecado y su dolor se hacen más profundos, su aprehensión y reconocimiento de las riquezas de Cristo aparecen más claros y plenos; su necesidad y anhelo del Salvador son más fervientes; su apropiación de Cristo y

todos sus beneficios llega a ser más segura y completa. Sí, más cerca, siempre más cerca, hacia la plenitud y riqueza de Cristo como está revelado en el evangelio; y de esta manera Cristo es más y más formado en el creyente.

La necesidad del crecimiento en la gracia, y que el creyente tenga una apropiación constante de Cristo es enfatizada con fuerza en la Escritura. Se nos amonesta a que no nos conformemos a este mundo, sino que seamos transformados por la renovación de nuestro entendimiento, para que comprobemos la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Ro. 12:2). Y mirando a cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2ª Co. 3:18). En Efesios 4:11-16 se nos enseña que Cristo "constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor". El apóstol ruega por los santos de Filipos para que su amor "abunde más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo

TODO EL QUE QUIERA

mejor, a fin de que seáis sinceros e irrepreensibles para el día de Cristo" (Fil. 1:9,10). Y a la iglesia de Colosas escribe que deben estar arraigados y sobreedificados en Cristo, así como han sido enseñados, abundando en acciones de gracias; y que deben estar vigilantes, no sea que alguien les engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, porque sólo en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:7-9). Los creyentes deben, como niños recién nacidos, desear la leche verdadera de la Palabra para que por ella crezcan (1ª P. 2:2); y deben crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2ª P. 3:18).

Este crecimiento en la gracia consiste exactamente en un apropiarse más estrechamente cada vez al Cristo de la Escritura. Tenemos que acercarnos cada vez más. Él es la Cabeza; en él habita toda la plenitud; fuera de Cristo no tenemos nada. Somos salvos sólo porque él habita en nosotros. Crecer en la gracia, por lo tanto, solamente puede significar que Cristo se forma más y más en nosotros, y nos hacemos cada vez más semejantes a él. Tenemos que estar arraigados y sobreedificados en él; ser cambiados a su imagen y llegar a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios; y tenemos que adelantar más conforme a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, y crecer en él, que es la Cabeza. Este llegar cada vez más cerca no es una mera experiencia sentimental, un gozo místico de salvación, o un asunto de beatos sentimientos y emociones. Al contrario, significa, por un lado, que en nosotros mismos estamos más completamente perdidos y deshechos, y a Cristo se le ve en mayor riqueza y grandeza como el objeto y base de nuestra fe y esperanza; y al mismo tiempo, por otra parte, Cristo

se refleja cada vez más en la belleza de sus virtudes espirituales en todo nuestro caminar y manera de vivir.

Es verdad que cuando al principio creemos en Cristo, conocemos y confesamos que somos pecadores, perdidos y condenados delante de Dios. Pero toda una vida no sería suficiente para mostrarnos lo realmente miserables, corruptos y profundamente pecaminosos que somos. Es al crecer en la gracia y acercarnos más a Cristo cuando reconocemos con mayor plenitud y profundidad que en verdad vivimos en la muerte, y que todas nuestras justicias no son sino trapos de inmundicia. Nos volvemos más sensibles espiritualmente; de manera que pecados que antes nunca habíamos percibido, ahora son vigorosamente resaltados. Lo que antes ni siquiera considerábamos como pecado, ahora es motivo de arrepentimiento y aborrecimiento. Nuestro pesar y dolor según Dios se hace más real; y al crecer en el conocimiento y tristeza por el pecado, Cristo nos parece aún más precioso cada día. Le contemplamos con mayor claridad en toda la riqueza y plenitud de su gracia. Le reconocemos más intensamente como el único que puede cubrir nuestras necesidades; como nuestro Pan y Agua de Vida; como nuestra Vida y Resurrección. Suspiramos y tenemos hambre y sed de él con más fervor. Y las bendiciones de su gracia, la justicia y el perdón de pecados, la adopción como hijos y herederos, la sabiduría y el conocimiento, la santificación y redención, y la esperanza de la vida y gloria eternas, se nos hacen aún más preciosas. Es verdad que cuando creímos al principio en Cristo, ya nos apropiamos y tomamos no de una parte, sino de él mismo, pleno y completo; pero también es verdad que no alcanzamos a comprender las gloriosas riquezas de salvación que habían llegado a

TODO EL QUE QUIERA

ser nuestras. Todos los años de nuestra vida presente no serían suficientes para hacernos poseedores conscientes de tantas bendiciones de la gracia. Por eso es necesario estar cada vez más cerca de Cristo, que es la Cabeza, en el único que habita toda la plenitud.

Como fuimos a Cristo, así nos acercamos más cada vez. Cuanto más plenamente perdidos en sí mismos nos veamos, como tiene que ser para que Cristo viva en nosotros por la fe, mayor será el crecimiento en virtudes espirituales y reflejaremos más a Cristo en todo nuestro caminar y manera de vivir en el mundo. Será formado en nosotros y se manifestará a través nuestro en las virtudes espirituales de santidad, amor, mansedumbre, humildad, paciencia, longanimidad, templanza en todas las cosas, oración y acción de gracias. Nos ocuparemos en nuestra salvación con temor y temblor sabiendo que es Dios quien produce en nosotros así el querer como el hacer según su buena voluntad. Amaremos la justicia y aborreceremos el pecado, al cual rehuiremos, y buscaremos el bien; mantendremos nuestras ropas limpias en medio de un mundo de tinieblas y corrupción, y viviremos en firme antítesis y en separación espiritual del mundo y sus obras infructuosas de tinieblas, representando la causa del Hijo de Dios, caminando como hijos de luz, sufriendo con él para que también seamos con él glorificados.

De esta manera nos acercamos cada vez más a Cristo.

Lo mismo que nuestra primera apropiación de Cristo, este constante ir a él es también el fruto de su propia acción por la cual nos atrae por medio del Espíritu a través del evangelio. En ese evangelio se revela la plenitud de Cristo; si

queremos, pues, acercarnos a él y crecer en la gracia, tenemos que crecer en su conocimiento espiritual; y para ello debemos crecer constantemente en el conocimiento del evangelio, esto es, de las Sagradas Escrituras. En conexión con lo cual, conviene hacer una o dos observaciones que son de mucha importancia, especialmente en nuestros días.

En primer lugar, si para el crecimiento espiritual es indispensable que los creyentes crezcan en el conocimiento del evangelio tal como está revelado en la Escritura, es evidente que en ese respecto la Iglesia (me refiero a la Iglesia constituida con su principal vocación en el ministerio de la Palabra) tiene una enorme responsabilidad. Se trata de la responsabilidad de predicar el evangelio en toda su plenitud e implicaciones, puro y sin adulteración: todo el consejo de Dios. La Iglesia no debe consentir que se proclame desde el púlpito la filosofía humana; no le es lícito tener paciencia con las falsas doctrinas; tiene que insistir en la predicación de la pura Palabra de Dios, y nada más. No puede escapar a nuestra consideración que dondequiera que las Escrituras hablan del crecimiento de los creyentes en Cristo, también se les advierte contra los falsos maestros y contra la filosofía del mundo. Las falsas doctrinas no pueden hacer crecer a los santos, pues éstas no son pan, sino piedras. En la medida que una iglesia comienza a mezclar la predicación de la Palabra con la filosofía carnal de los hombres, sus miembros serán débiles y frágiles, anémicos espiritualmente; mientras que, por otro lado, en la medida que proclame el puro evangelio y sea vigilante contra la intrusión de falsos enseñadores, sus miembros serán espiritualmente sanos y fuertes, y crecerán en la gracia y el

TODO EL QUE QUIERA

conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

No obstante, incluso esto no es suficiente.

La predicación de la Palabra debe ser no sólo pura y sin adulteración; también debe ser rica y completa: tiene que contener todo el consejo de Dios. El bebé no puede crecer fuerte y robusto si siempre le estás dando leche. Viene el tiempo cuando necesita alimento sólido. Lo mismo ocurre espiritualmente. La proclamación de un evangelio que puedas escribirlo en la uña de un dedo, seguro que no podrá dar crecimiento espiritual a los santos en Cristo. La predicación de la Palabra debe proclamar a Cristo completo como la revelación del Dios de nuestra salvación: todos los misterios del evangelio. La predicación tiene que ser positiva y adoctrinante. Tengamos mucho cuidado con el falso lema: "La doctrina no importa, con tal que se predique el evangelio". Eso es lo que dice el demonio. La Iglesia tiene que crecer en Cristo y estar fundada en la verdad; debe crecer en conocimiento. Y eso significa que necesita doctrina. Por lo tanto, a través del ministerio de la Palabra, tiene la obligación de adoctrinar a sus miembros en todo el conocimiento de la plenitud de Cristo.

Esto también implica que cada creyente está llamado a buscar con diligencia y atender ese ministerio de la Palabra. Es su sagrado llamamiento unirse a esa iglesia aquí en la tierra en la que se predique con más pureza la Palabra de Dios, y separarse de toda manifestación de la iglesia falsa. Nunca debe hablar con desprecio de la Iglesia, ni tener en poco el ministerio de la Palabra, o imaginar que puede crecer en la gracia igual edificán-

dose a sí mismo en su casa. Pues es precisamente por medio del ministerio de la Palabra que Cristo habla y edifica a su Iglesia; y, a través de ese ministerio, en la comunión de los santos, él atrae a los suyos y ellos le siguen y vienen más cerca cada día.

Tal es el camino del crecimiento espiritual y del crecimiento en la gracia. Camino que ha sido abandonado y casi olvidado por la mayor parte de lo que se llama Iglesia en nuestros días, acarreado con ello su propia destrucción. Es un camino despreciado por miles de los que profesan ser cristianos. Mas, a pesar de todo, es el único camino que existe. Y nosotros convocamos a la Iglesia y a cada creyente particular a que vuelva a él, para que ya no seamos como niños, fluctuantes y llevados por todo viento de doctrina, sino que crezcamos en aquel que es la Cabeza, esto es, nuestro Señor Jesucristo.

Está claro, pues, que nuestro ir a Cristo nunca queda terminado en esta vida. Siempre será sólo un pequeño principio de la nueva vida lo que tendremos en tanto que estemos en el cuerpo de esta muerte; siempre conocemos en parte, hasta que veamos cara a cara. El paso final de nuestro ir a Jesús no lo daremos hasta que la casa terrenal de este tabernáculo sea deshecha y entremos en nuestra casa de Dios, no hecha a mano, eternal en los cielos. Al otro lado de la muerte y del sepulcro nos espera el perfecto conocimiento y la semejanza de Cristo, en el dominio de la resurrección, donde él hará nuestros cuerpos mortales semejantes al suyo glorioso, y nos atraerá a sí mismo en eterna perfección por su Palabra final: "¡Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde antes de la fundación del mundo!" ¡Entonces

TODO EL QUE QUIERA

seremos semejantes a él y le veremos cara
a cara!
